UNE ✦ SACRA

Mormones

Mosíah

✦ ✦ ✦

Joseph Smith (publicación, 1830)

Traducción (edición 1.1)

Créditos

Autor	Joseph Smith (publicación, 1830)
Fecha	1830
Idioma original	Inglés
Versión	Traducción (edición 1.1)
Traducción	Traducción popular, a partir del texto inglés de 1830
Fuente	Project Gutenberg
Licencia	CC BY-NC-SA 4.0 · original: Dominio público

Acerca de:

Empieza con el discurso de despedida del rey Benjamín, que enseña que servir al prójimo es servir a Dios, sigue con el pueblo de Zeniff, el rey Noé y el profeta Abinadí, la conversión de Alma, y termina con el fin de los reyes nefitas y la elección de jueces.

Fuente: https://www.gutenberg.org/ebooks/17

Esta traducción popular y el diseño de este archivo son de Une Sacra, bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0): puede copiarse y compartirse citando "Une Sacra (unesacra.com)", sin uso comercial y con la misma licencia. El texto original sigue la licencia de su fuente. Términos de uso: unesacra.com/#/legal/terms

Edición digital generada el 26 de noviembre de 2026 por Une Sacra, biblioteca abierta de textos sagrados · UneSacra.com

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

CAPÍTULO 1

✦

1 Y ya no había contiendas en toda la tierra de Zarahemla, entre todo el pueblo que pertenecía al rey Benjamín, de modo que el rey Benjamín tuvo paz continua durante el resto de sus días.

2 Y sucedió que tenía tres hijos; y les puso por nombre Mosíah, Helorum y Helamán. E hizo que se les enseñara toda la lengua de sus padres, para que así llegaran a ser hombres de entendimiento; y para que conocieran las profecías que habían pronunciado sus padres, las cuales les fueron entregadas por la mano del Señor.

3 Y también les enseñó acerca de los registros que estaban grabados en las planchas de bronce, diciendo: Hijos míos, quisiera que recordaran que, de no ser por estas planchas, que contienen estos registros y estos mandamientos, habríamos padecido en la ignorancia, aun en este tiempo presente, sin conocer los misterios de Dios.

4 Porque no habría sido posible que nuestro padre Lehi recordara todas estas cosas para enseñárselas a sus hijos sin la ayuda de estas planchas; pues, como había sido instruido en la lengua de los egipcios, podía leer estos grabados y enseñárselos a sus hijos, para que ellos a su vez pudieran enseñárselos a sus hijos, cumpliendo así los mandamientos de Dios hasta este tiempo presente.

5 Les digo, hijos míos, que de no ser por estas cosas, que se han guardado y preservado por la mano de Dios para que pudiéramos leer y comprender sus misterios, y tener sus mandamientos siempre ante nuestros ojos, in-

cluso nuestros padres habrían caído poco a poco en la incredulidad, y nosotros habríamos sido como nuestros hermanos, los lamanitas, que nada saben de estas cosas, o que ni siquiera las creen cuando se les enseñan, a causa de las tradiciones de sus padres, que no son correctas.

6 Oh, hijos míos, quisiera que recordaran que estas palabras son verdaderas, y también que estos registros son verdaderos. Y miren también las planchas de Nefi, que contienen los registros y las palabras de nuestros padres desde el tiempo en que salieron de Jerusalén hasta ahora, y son verdaderas; y podemos conocer su certeza porque las tenemos ante nuestros ojos.

7 Y ahora, hijos míos, quisiera que recordaran estudiarlas con diligencia, para que se beneficien de ellas; y quisiera que guardaran los mandamientos de Dios, para que prosperen en la tierra conforme a las promesas que el Señor hizo a nuestros padres.

8 Y muchas cosas más enseñó el rey Benjamín a sus hijos, las cuales no están escritas en este libro.

9 Y sucedió que, después de que el rey Benjamín terminó de enseñar a sus hijos, envejeció y vio que muy pronto tendría que seguir el camino de toda la tierra; por tanto, consideró conveniente conferir el reino a uno de sus hijos.

10 Por tanto, hizo que llevaran a Mosíah ante él; y estas son las palabras que le dirigió, diciendo: Hijo mío, quisiera que hicieras una proclamación por toda esta tierra entre todo este pueblo, es decir, el pueblo de Zarahemla y el pueblo de Mosíah que habitan en la tierra, para que así puedan reunirse;

porque mañana proclamaré a este pueblo mío, de mi propia boca, que tú eres rey y gobernante de este pueblo que el Señor nuestro Dios nos ha dado.

11 Y además, daré a este pueblo un nombre, para que así se distinga por encima de todos los pueblos que el Señor Dios ha sacado de la tierra de Jerusalén; y esto lo hago porque ha sido un pueblo diligente en guardar los mandamientos del Señor.

12 Y les doy un nombre que nunca será borrado, salvo por transgresión.

13 Sí, y además te digo que, si este pueblo tan favorecido por el Señor cayera en transgresión y se convirtiera en un pueblo malvado y adúltero, el Señor los entregará, de modo que se volverán débiles como sus hermanos; y ya no los preservará con su poder incomparable y maravilloso, como hasta ahora ha preservado a nuestros padres.

14 Porque te digo que, si él no hubiera extendido su brazo para preservar a nuestros padres, estos habrían caído en manos de los lamanitas y se habrían convertido en víctimas de su odio.

15 Y sucedió que, después de que el rey Benjamín terminó de decir estas palabras a su hijo, le encomendó todos los asuntos del reino.

16 Y además, también le encomendó los registros que estaban grabados en las planchas de bronce; y también las planchas de Nefi; y también la espada de Labán y la esfera o guía que condujo a nuestros padres por el desierto, la cual fue preparada por la mano del Señor para que así fueran guiados, cada uno según la atención y la diligencia que le prestaran a él.

17 Por tanto, cuando fueron infieles, no prosperaron ni avanzaron en su viaje, sino que fueron obligados a retroceder e incurrieron en el desagrado de Dios; y por eso fueron azotados por el hambre y graves aflicciones, para impulsarlos a recordar su deber.

18 Y ahora, sucedió que Mosíah fue e hizo lo que su padre le había mandado, y proclamó a todo el pueblo que estaba en la tierra de Zarahemla que se reuniera para subir al templo a escuchar las palabras que su padre les dirigiría.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 2

✦

1 Y sucedió que, después de que Mosíah hizo lo que su padre le había mandado y proclamó un anuncio por toda la tierra, el pueblo se reunió de todas partes de la tierra para subir al templo y escuchar las palabras que el rey Benjamín les dirigiría.

2 Y había un gran número de personas, tantas que no las contaron; pues se habían multiplicado muchísimo y habían llegado a ser un pueblo numeroso en la tierra.

3 Y también llevaron las primeras crías de sus rebaños para ofrecer sacrificios y holocaustos conforme a la ley de Moisés;

4 Y también para dar gracias al Señor su Dios, quien los había sacado de la tierra de Jerusalén y los había librado de las manos de sus enemigos, y había designado a hombres justos como sus maestros, y también a un hombre justo como su rey, quien había establecido la paz en la tierra de Zarahemla y les había enseñado a guardar los mandamientos de Dios, para que se regocijaran y se llenaran de amor hacia Dios y hacia todos los hombres.

5 Y sucedió que, cuando subieron al templo, levantaron sus tiendas alrededor, cada hombre con su familia, compuesta por su esposa, sus hijos, sus hijas y los hijos y las hijas de estos, desde el mayor hasta el menor, estando cada familia separada de las demás.

6 Y levantaron sus tiendas alrededor del templo, cada hombre con la puerta de su tienda orientada hacia el templo, para poder permanecer en sus tiendas y escuchar las palabras que el rey Benjamín les dirigiría;

7 Pues la multitud era tan grande que el rey Benjamín no podía enseñarles a todos dentro de los muros del templo; por eso mandó levantar una torre, para que su pueblo pudiera escuchar las palabras que les dirigiría.

8 Y sucedió que comenzó a hablar a su pueblo desde la torre; y no todos podían oír sus palabras debido al tamaño de la multitud; por eso mandó que las palabras que decía se escribieran y se distribuyeran entre quienes no alcanzaban a oír su voz, para que también ellos recibieran sus palabras.

9 Y estas son las palabras que pronunció y mandó escribir, diciendo: Hermanos míos, todos ustedes que se han reunido, ustedes que pueden oír las palabras que les dirigiré hoy; pues no les he mandado venir aquí para que tomen a la ligera las palabras que voy a decir, sino para que me presten atención y abran sus oídos para oír, sus corazones para comprender y sus mentes para que los misterios de Dios se revelen ante ustedes.

10 No les he mandado venir aquí para que me teman ni para que piensen que yo, por mí mismo, soy más que un hombre mortal.

11 Pues soy como ustedes, sujeto a toda clase de debilidades del cuerpo y de la mente; sin embargo, he sido elegido por este pueblo y consagrado por mi padre, y la mano del Señor me ha permitido ser gobernante y rey de este pueblo; y su poder incomparable me ha cuidado y preservado para servirles con todo el vigor, la mente y la fuerza que el Señor me ha concedido.

12 Les digo que, así como se me ha permitido pasar mis días a su servicio hasta este momento, no he buscado obtener de ustedes oro ni plata ni ninguna clase de riquezas;

13 Tampoco he permitido que los encierren en calabozos, ni que se esclavicen unos a otros, ni que asesinen, saqueen, roben o cometan adulterio; ni siquiera he permitido que cometan ninguna clase de maldad, y les he enseñado que deben guardar los mandamientos del Señor en todo lo que él les ha mandado—

14 Y yo mismo he trabajado con mis propias manos para servirles y para que no estuvieran cargados de impuestos ni recayera sobre ustedes nada difícil de soportar; y de todas estas cosas que he dicho, ustedes mismos son testigos hoy.

15 No obstante, hermanos míos, no he hecho estas cosas para jactarme, ni las cuento para acusarlos; les cuento estas cosas para que sepan que hoy puedo responder ante Dios con la conciencia limpia.

16 Miren, les digo que, aunque les he dicho que he pasado mis días a su servicio, no deseo jactarme, pues solo he estado al servicio de Dios.

17 Y miren, les digo estas cosas para que aprendan sabiduría; para que aprendan que, cuando están al servicio de sus semejantes, solo están al servicio de su Dios.

18 Miren, ustedes me han llamado su rey; y si yo, a quien llaman su rey, trabajo para servirles, ¿no deberían ustedes trabajar para servirse unos a otros?

19 Y miren también, si yo, a quien llaman su rey, que ha pasado sus días a su servicio y, sin embargo, ha estado al servicio de Dios, merezco algún agradecimiento de ustedes, ¡cuánto deberían agradecer a su Rey celestial!

20 Les digo, hermanos míos, que si ofrecieran todas las gracias y alabanzas de que es capaz su alma entera a ese Dios que los ha creado, los ha cuidado y preservado, les ha dado motivos para regocijarse y les ha concedido vivir en paz unos con otros—

21 Les digo que, si sirvieran a quien los ha creado desde el principio y los preserva día tras día, prestándoles el aliento para que vivan, se muevan y actúen según su propia voluntad, y sosteniéndolos de un momento a otro; digo que, si lo sirvieran con toda su alma, aun así serían siervos inútiles.

22 Y miren, todo lo que él les pide es que guarden sus mandamientos; y les ha prometido que, si guardan sus mandamientos, prosperarán en la tierra; y él nunca se aparta de lo que ha dicho; por lo tanto, si guardan sus mandamientos, él los bendice y los hace prosperar.

23 Y ahora, en primer lugar, él los ha creado y les ha concedido la vida, por lo cual están en deuda con él.

24 Y, en segundo lugar, él les pide que hagan lo que les ha mandado; y si lo hacen, los bendice de inmediato; por lo tanto, les ha pagado. Y ustedes siguen en deuda con él, y lo están y lo estarán por siempre jamás; por lo tanto, ¿de qué pueden jactarse?

25 Y ahora les pregunto: ¿pueden decir algo a su favor? Les respondo que no. No pueden decir que sean siquiera tanto como el polvo de la tierra; sin embargo, fueron creados del polvo de la tierra; pero miren, este pertenece a quien los creó.

26 Y yo, yo mismo, a quien llaman su rey, no soy mejor que ustedes; pues también soy del polvo. Y ven que soy viejo y estoy a punto de devolver este cuerpo mortal a su madre tierra.

27 Por lo tanto, así como les he dicho que los he servido, andando con la conciencia limpia ante Dios, también ahora he hecho que se reúnan para que se me encuentre libre de culpa y su sangre no recaiga sobre mí cuando comparezca ante Dios para ser juzgado por las cosas que él me ha mandado con respecto a ustedes.

28 Les digo que he hecho que se reúnan para limpiar mis vestiduras de su sangre, en este momento en que estoy a punto de bajar a la tumba, para que pueda bajar en paz y mi espíritu inmortal se una a los coros de lo alto para cantar alabanzas a un Dios justo.

29 Y además, les digo que he hecho que se reúnan para declararles que ya no puedo ser su maestro ni su rey;

30 Pues aun ahora todo mi cuerpo tiembla muchísimo mientras intento hablarles; pero el Señor Dios me sostiene y me ha permitido hablarles, y me ha mandado declararles hoy que mi hijo Mosíah es rey y gobernante de ustedes.

31 Y ahora, hermanos míos, quisiera que hicieran lo que han hecho hasta aquí. Así como han guardado mis mandamientos y también los mandamientos de mi padre, y han prosperado y han sido protegidos de caer en manos de sus enemigos, de igual manera, si guardan los mandamientos de mi hijo, o los mandamientos de Dios que él les transmitirá, prosperarán en la tierra y sus enemigos no tendrán poder sobre ustedes.

32 Pero, oh pueblo mío, tengan cuidado de que no surjan disputas entre ustedes y de que no se inclinen a obedecer al espíritu maligno del que habló mi padre Mosíah.

33 Pues miren, se ha pronunciado una maldición sobre quien se inclina a obedecer a ese espíritu; porque, si se inclina a obedecerlo y permanece y muere en sus pecados, bebe la condenación para su propia alma; pues recibe como paga un castigo eterno por haber transgredido la ley de Dios a pesar de conocerla.

34 Les digo que no hay nadie entre ustedes, salvo sus niños pequeños que no han recibido enseñanza sobre estas cosas, que no sepa que están eternamente en deuda con su Padre celestial y que deben entregarle todo lo que tienen y son; y también han recibido enseñanza sobre los registros que contienen las profecías pronunciadas por los santos profetas, hasta el momento en que nuestro padre Lehi salió de Jerusalén;

35 Y también sobre todo lo que nuestros padres han dicho hasta ahora. Y miren, ellos también dijeron lo que el Señor les había mandado; por lo tanto, sus palabras son justas y verdaderas.

36 Y ahora les digo, hermanos míos, que, después de haber conocido y recibido enseñanza sobre todas estas cosas, si transgreden y actúan en contra de lo que se ha dicho, se apartan del Espíritu del Señor, de modo que no tenga lugar en ustedes para guiarlos por los caminos de la sabiduría, para que sean bendecidos, prosperen y sean preservados—

37 Les digo que el hombre que hace esto se alza en abierta rebelión contra Dios; por lo tanto, se inclina a obedecer al espíritu maligno y se convierte en enemigo de toda rectitud; por lo tanto, el Señor no tiene lugar en él,

pues no habita en templos impuros.

38 Por lo tanto, si ese hombre no se arrepiente y permanece y muere como enemigo de Dios, las exigencias de la justicia divina despiertan en su alma inmortal una viva conciencia de su propia culpa, que lo hace retroceder ante la presencia del Señor y le llena el pecho de culpa, dolor y angustia, semejantes a un fuego que no se apaga, cuya llama asciende por siempre jamás.

39 Y ahora les digo que la misericordia no tiene derecho alguno sobre ese hombre; por consiguiente, su destino final es soportar un tormento sin fin.

40 Oh, todos ustedes, ancianos, y también ustedes, jóvenes, y ustedes, niños pequeños que pueden comprender mis palabras, pues les he hablado con claridad para que pudieran comprender, les ruego que despierten y recuerden la terrible situación de quienes han caído en la transgresión.

41 Y además, desearía que consideraran el estado bendito y feliz de quienes guardan los mandamientos de Dios. Pues miren, son bendecidos en todas las cosas, tanto temporales como espirituales; y, si se mantienen fieles hasta el fin, son recibidos en el cielo para vivir con Dios en un estado de felicidad sin fin. Oh, recuerden, recuerden que estas cosas son verdaderas, pues el Señor Dios lo ha dicho.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 3

✦

1 Y de nuevo, hermanos míos, quisiera llamar su atención, pues tengo algo más que decirles; porque he aquí, tengo cosas que contarles acerca de lo que ha de venir.

2 Y las cosas que les diré me las ha dado a conocer un ángel de Dios. Y él me dijo: Despierta; y desperté, y he aquí, él estaba de pie ante mí.

3 Y me dijo: Despierta y escucha las palabras que te diré; porque he aquí, he venido a anunciarte las buenas noticias de gran alegría.

4 Porque el Señor ha oído tus oraciones, ha juzgado tu rectitud y me ha enviado a anunciarte esto para que te regocijes; y para que lo declares a tu pueblo, a fin de que también se llene de alegría.

5 Porque he aquí, viene el tiempo, y no está muy lejano, en que con poder el Señor Omnipotente que reina, que era y es desde toda la eternidad hasta toda la eternidad, descenderá del cielo entre los hijos de los hombres, y habitará en un tabernáculo de barro, y saldrá entre los hombres obrando grandes milagros, como sanar a los enfermos, resucitar a los muertos, hacer caminar a los cojos, devolver la vista a los ciegos y hacer oír a los sordos, y curar toda clase de enfermedades.

6 Y expulsará demonios, o los espíritus malignos que habitan en el corazón de los hijos de los hombres.

7 Y he aquí, sufrirá tentaciones, dolor corporal, hambre, sed y fatiga, aun más de lo que un hombre puede sufrir sin morir; porque he aquí, brotará sangre de cada poro, tan grande será su angustia por la maldad y las abominaciones de su pueblo.

8 Y será llamado Jesucristo, el Hijo de Dios, el Padre del cielo y de la tierra, el Creador de todas las cosas desde el principio; y su madre será llamada María.

9 Y he aquí, viene a los suyos para que la salvación llegue a los hijos de los hombres mediante la fe en su nombre; y aun después de todo esto lo considerarán un hombre, y dirán que tiene un demonio, y lo azotarán y lo crucificarán.

10 Y al tercer día resucitará de entre los muertos; y he aquí, se presenta para juzgar al mundo; y he aquí, todas estas cosas se hacen para que un juicio justo recaiga sobre los hijos de los hombres.

11 Porque he aquí, su sangre también expía los pecados de quienes han caído por la transgresión de Adán, que han muerto sin conocer la voluntad de Dios con respecto a ellos, o que han pecado por ignorancia.

12 ¡Pero ay, ay de quien sabe que se rebela contra Dios! Porque la salvación no llega a ninguno de ellos sino por medio del arrepentimiento y de la fe en el Señor Jesucristo.

13 Y el Señor Dios ha enviado a sus santos profetas entre todos los hijos de los hombres para declarar estas cosas a todo linaje, nación y lengua, a fin de que todo aquel que creyera que Cristo vendría pudiera recibir el perdón de sus pecados y regocijarse con inmensa alegría, como si él ya hubiera venido entre ellos.

14 Sin embargo, el Señor Dios vio que su pueblo era un pueblo obstinado, y les estableció una ley, la ley de Moisés.

15 Y les mostró muchas señales, maravillas, figuras y sombras acerca de su venida; y también los santos profetas les hablaron de su venida; y aun así endurecieron sus corazones y no comprendieron que la ley de Moisés no sirve de nada sino por medio de la expiación de su sangre.

16 Y aun si fuera posible que los niños pequeños pecaran, no podrían ser salvos; pero les digo que son bendecidos; porque he aquí, así como en Adán, o por naturaleza, caen, del mismo modo la sangre de Cristo expía sus pecados.

17 Y además les digo que no se dará otro nombre, ni habrá otra manera ni medio por el cual la salvación pueda llegar a los hijos de los hombres, sino en el nombre de Cristo, el Señor Omnipotente, y por medio de él.

18 Porque he aquí, él juzga, y su juicio es justo; y el niño que muere en su infancia no perece; pero los hombres beben condenación para sus propias almas a menos que se humillen y se vuelvan como niños pequeños, y crean que la salvación fue, es y ha de venir en la sangre expiatoria de Cristo, el Señor Omnipotente, y por medio de ella.

19 Porque el hombre natural es enemigo de Dios, y lo ha sido desde la caída de Adán, y lo será por siempre jamás, a menos que ceda a las invitaciones del Espíritu Santo, se despoje del hombre natural y se haga santo por medio de la expiación de Cristo el Señor, y se vuelva como un niño: sumiso, manso, humilde, paciente, lleno de amor, dispuesto a someterse a todas las cosas que el Señor considere oportuno imponerle, tal como un niño se somete a su padre.

20 Y además les digo que llegará el tiempo en que el conocimiento del Salvador se extenderá por toda nación, linaje, lengua y pueblo.

21 Y he aquí, cuando llegue ese tiempo, nadie será hallado sin culpa ante Dios, salvo los niños pequeños, sino por medio del arrepentimiento y de la fe en el nombre del Señor Dios Omnipotente.

22 Y aun en este tiempo, cuando hayas enseñado a tu pueblo las cosas que el Señor tu Dios te ha mandado, tampoco entonces serán hallados sin culpa ante Dios, sino conforme a las palabras que te he hablado.

23 Y ahora he hablado las palabras que el Señor Dios me ha mandado.

24 Y así dice el Señor: Estas quedarán como un testimonio claro contra este pueblo en el día del juicio; por ellas serán juzgados, cada hombre según sus obras, sean buenas o malas.

25 Y si son malas, quedan entregados a una terrible visión de su propia culpa y de sus abominaciones, que los hace apartarse de la presencia del Señor hacia un estado de miseria y tormento sin fin, del cual ya no pueden regresar; por tanto, han bebido condenación para sus propias almas.

26 Por tanto, han bebido de la copa de la ira de Dios, que la justicia no podía negarles, como tampoco podía impedir que Adán cayera por haber comido del fruto prohibido; por tanto, la misericordia ya no podría tener derecho sobre ellos jamás.

27 Y su tormento es como un lago de fuego y azufre, cuyas llamas son inextinguibles y cuyo humo asciende por siempre jamás. Así me lo ha mandado el Señor. Amén.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 4

✦

1 Y sucedió que cuando el rey Benjamín terminó de pronunciar las palabras que le había comunicado el ángel del Señor, miró a su alrededor, hacia la multitud, y vio que habían caído a tierra, porque el temor del Señor se había apoderado de ellos.

2 Y se habían visto a sí mismos en su estado carnal, aun menos que el polvo de la tierra. Y todos clamaron en voz alta, al unísono, diciendo: Oh, ten misericordia y aplica la sangre expiatoria de Cristo para que recibamos el perdón de nuestros pecados y nuestros corazones sean purificados; porque creemos en Jesucristo, el Hijo de Dios, que creó el cielo y la tierra y todas las cosas; que descenderá entre los hijos de los hombres.

3 Y sucedió que, después de pronunciar estas palabras, el Espíritu del Señor vino sobre ellos y se llenaron de alegría, pues habían recibido el perdón de sus pecados y tenían paz de conciencia, por la inmensa fe que tenían en Jesucristo, que había de venir, conforme a las palabras que el rey Benjamín les había dicho.

4 Y el rey Benjamín volvió a abrir la boca y comenzó a hablarles, diciendo: Mis amigos y mis hermanos, mis parientes y mi pueblo, quisiera pedir de nuevo su atención, para que oigan y comprendan el resto de las palabras que voy a decirles.

5 Porque, si el conocimiento de la bondad de Dios en este momento les ha hecho tomar conciencia de su propia insignificancia y de su estado indigno y caído—

6 Les digo que, si han llegado a conocer la bondad de Dios, su poder incomparable, su sabiduría, su paciencia y su gran tolerancia hacia los hijos de los hombres; y también la expiación que se ha preparado desde la fundación del mundo, para que por ella la salvación llegara a quien pusiera su confianza en el Señor, fuera diligente en guardar sus mandamientos y perseverara en la fe hasta el fin de su vida, me refiero a la vida del cuerpo mortal—

7 Digo que esa es la persona que recibe la salvación por medio de la expiación que fue preparada desde la fundación del mundo para toda la humanidad, para todos los que han existido desde la caída de Adán, los que existen y los que existirán hasta el fin del mundo.

8 Y este es el medio por el cual llega la salvación. Y no hay otra salvación sino esta de la que se ha hablado; tampoco hay condiciones por las que el ser humano pueda salvarse, salvo las que les he dicho.

9 Crean en Dios; crean que existe y que creó todas las cosas, tanto en el cielo como en la tierra; crean que posee toda la sabiduría y todo el poder, tanto en el cielo como en la tierra; crean que el ser humano no comprende todas las cosas que el Señor puede comprender.

10 Y además, crean que deben arrepentirse de sus pecados y abandonarlos, y humillarse ante Dios; y pedirle con un corazón sincero que los perdone; y ahora, si creen todas estas cosas, asegúrense de hacerlas.

11 Y de nuevo les digo, como les he dicho antes, que así como han llegado a conocer la gloria de Dios, o si han conocido su bondad y han probado su amor y han recibido el perdón de sus pecados, lo que causa una alegría tan inmensamente grande en sus almas, así también quisiera que recordaran y

tuvieran siempre presente la grandeza de Dios y su propia insignificancia, y su bondad y gran tolerancia hacia ustedes, criaturas indignas; y que se humillaran hasta lo más profundo de la humildad, invocando diariamente el nombre del Señor y permaneciendo firmes en la fe en lo que ha de venir, de lo cual habló el ángel.

12 Y les digo que, si hacen esto, siempre se alegrarán y estarán llenos del amor de Dios, y conservarán siempre el perdón de sus pecados; y crecerán en el conocimiento de la gloria de quien los creó, o en el conocimiento de lo que es justo y verdadero.

13 Y no tendrán deseos de hacerse daño unos a otros, sino de vivir en paz y de dar a cada persona lo que le corresponde.

14 Y no permitirán que sus hijos pasen hambre ni estén desnudos; tampoco permitirán que transgredan las leyes de Dios, que peleen y riñan unos con otros y que sirvan al diablo, que es el amo del pecado, o el espíritu maligno del que han hablado nuestros padres, pues es enemigo de toda rectitud.

15 Sino que les enseñarán a andar por los caminos de la verdad y la moderación; les enseñarán a amarse y a servirse unos a otros.

16 Y también ustedes mismos socorrerán a quienes necesiten su ayuda; compartirán sus bienes con quien los necesite; y no permitirán que el mendigo les suplique en vano, ni lo echarán para que perezca.

17 Tal vez digas: Este hombre se ha acarreado su propia miseria; por eso me abstendré de ayudarlo y no le daré de mi comida ni compartiré mis bienes con él para que no sufra, porque sus castigos son justos—

18 Pero les digo, oh, hombre, que quien hace esto tiene grandes motivos para arrepentirse; y, a menos que se arrepienta de lo que ha hecho, perece para siempre y no tiene parte en el reino de Dios.

19 Porque, ¿no somos todos mendigos? ¿No dependemos todos del mismo Ser, de Dios, para todos los bienes que tenemos, tanto el alimento como la ropa, el oro, la plata y todas las riquezas de cualquier clase que poseemos?

20 Y en este mismo momento han estado invocando su nombre y suplicando el perdón de sus pecados. ¿Y ha permitido él que hayan suplicado en vano? No; ha derramado su Espíritu sobre ustedes y ha hecho que sus corazones se llenen de alegría, y ha hecho que sus bocas se cierren sin poder encontrar palabras, tan inmensamente grande era su alegría.

21 Y ahora, si Dios, que los ha creado, de quien dependen para su vida y para todo lo que tienen y son, les concede todo lo que le piden que es justo, con fe, creyendo que lo recibirán, oh, cuánto deberían compartir unos con otros los bienes que poseen.

22 Y si juzgan al hombre que les pide de sus bienes para no perecer, y lo condenan, cuánto más justa será su condenación por retener sus bienes, que no les pertenecen a ustedes sino a Dios, a quien también pertenece su vida; y aun así no hacen ninguna súplica ni se arrepienten de lo que han hecho.

23 Les digo: ay de ese hombre, porque sus bienes perecerán con él; y ahora digo estas cosas a quienes son ricos en las cosas de este mundo.

24 Y también les digo a los pobres, a ustedes que no tienen y aun así tienen lo suficiente para subsistir día a día; me refiero a todos ustedes que le niegan ayuda al mendigo porque no tienen; quisiera que dijeran en su cora-

zón: No doy porque no tengo, pero si tuviera, daría.

25 Y ahora, si dicen esto en su corazón, permanecen sin culpa; de lo contrario, son condenados, y su condenación es justa, porque codician lo que no han recibido.

26 Y ahora, por estas cosas de las que les he hablado —es decir, para conservar el perdón de sus pecados día tras día, a fin de que anden sin culpa ante Dios—, quisiera que compartieran sus bienes con los pobres, cada uno según lo que tenga, dando de comer a los hambrientos, vistiendo a los desnudos, visitando a los enfermos y aliviando sus sufrimientos, tanto espirituales como materiales, según sus necesidades.

27 Y procuren que todas estas cosas se hagan con sabiduría y orden; porque no se requiere que una persona corra más de lo que sus fuerzas le permiten. Y además, conviene que sea diligente, para que así pueda ganar el premio; por lo tanto, todas las cosas deben hacerse con orden.

28 Y quisiera que recordaran que cualquiera de ustedes que pida algo prestado a su prójimo debe devolverlo según lo acordado; de lo contrario, cometerá pecado, y tal vez haga que su prójimo también cometa pecado.

29 Y, por último, no puedo decirles todas las cosas por las que pueden cometer pecado; porque hay diversas formas y medios, tantos que no puedo contarlos.

30 Pero sí puedo decirles esto: si no se vigilan a sí mismos, sus pensamientos, sus palabras y sus obras, y no guardan los mandamientos de Dios y perseveran en la fe en lo que han oído acerca de la venida de nuestro Señor hasta el fin de sus vidas, tendrán que perecer. Y ahora, oh, hombre, recuerda y no perezcas.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 5

✦

1 Y ahora bien, sucedió que cuando el rey Benjamín terminó de hablar así a su pueblo, envió mensajeros entre ellos, deseando saber si su pueblo creía las palabras que les había hablado.

2 Y todos clamaron a una sola voz, diciendo: Sí, creemos todas las palabras que nos has hablado; y también sabemos que son ciertas y verdaderas, por el Espíritu del Señor Omnipotente, que ha obrado un gran cambio en nosotros, o sea, en nuestros corazones, de modo que ya no tenemos disposición a hacer el mal, sino a hacer el bien continuamente.

3 Y nosotros mismos también, por la infinita bondad de Dios y las manifestaciones de su Espíritu, tenemos una amplia visión de lo que está por venir; y si fuera conveniente, podríamos profetizar acerca de todas las cosas.

4 Y es la fe que hemos tenido en las cosas que nuestro rey nos ha hablado lo que nos ha llevado a este gran conocimiento, por el cual nos regocijamos con una alegría tan inmensamente grande.

5 Y estamos dispuestos a hacer un convenio con nuestro Dios de hacer su voluntad y obedecer sus mandamientos en todo lo que nos mande, por el resto de nuestros días, para no traer sobre nosotros un tormento sin fin, como lo ha dicho el ángel, y para no beber de la copa de la ira de Dios.

6 Y ahora bien, estas eran las palabras que el rey Benjamín deseaba oír de ellos; por consiguiente, les dijo: Han dicho las palabras que yo deseaba; y el convenio que han hecho es un convenio justo.

7 Y ahora bien, por el convenio que han hecho, serán llamados hijos de Cristo, sus hijos y sus hijas; porque hoy él los ha engendrado espiritualmente; pues dicen que sus corazones han cambiado por la fe en su nombre; por consiguiente, han nacido de él y se han convertido en sus hijos y sus hijas.

8 Y bajo esta cabeza son hechos libres, y no hay otra cabeza por la cual puedan ser hechos libres. No se ha dado ningún otro nombre por el cual venga la salvación; por lo tanto, quisiera que tomaran sobre ustedes el nombre de Cristo, todos los que han hecho el convenio con Dios de ser obedientes hasta el fin de sus vidas.

9 Y sucederá que quien haga esto se encontrará a la derecha de Dios, porque conocerá el nombre por el cual es llamado; pues será llamado por el nombre de Cristo.

10 Y ahora bien, sucederá que quien no tome sobre sí el nombre de Cristo tendrá que ser llamado por algún otro nombre; por consiguiente, se encontrará a la izquierda de Dios.

11 Y quisiera que recordaran también que este es el nombre que dije que les daría y que nunca sería borrado, salvo por la transgresión; por lo tanto, cuídense de no transgredir, para que el nombre no sea borrado de sus corazones.

12 Les digo que quisiera que recordaran conservar el nombre escrito siempre en sus corazones, para que no se encuentren a la izquierda de Dios, sino que oigan y reconozcan la voz con la que serán llamados, y también el nombre por el cual él los llamará.

13 Porque ¿cómo puede un hombre conocer al amo al que no ha servido, que le es un extraño y que está lejos de los pensamientos y las intenciones de su corazón?

14 Y además, ¿acaso un hombre toma un asno que pertenece a su vecino y se lo queda? Les digo que no; ni siquiera permitirá que se alimente entre sus rebaños, sino que lo ahuyentará y lo echará fuera. Les digo que así sucederá entre ustedes si no conocen el nombre por el cual son llamados.

15 Por lo tanto, quisiera que fueran firmes e inamovibles, abundando siempre en buenas obras, para que Cristo, el Señor Dios Omnipotente, los selle como suyos, a fin de que sean llevados al cielo y tengan salvación perdurable y vida eterna, mediante la sabiduría, el poder, la justicia y la misericordia de aquel que creó todas las cosas, en el cielo y en la tierra, que es Dios sobre todo. Amén.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 6

✦

1 Y ahora bien, después de terminar de hablar al pueblo, el rey Benjamín consideró conveniente registrar los nombres de todos los que habían hecho un convenio con Dios de guardar sus mandamientos.

2 Y sucedió que no hubo una sola alma, salvo los niños pequeños, que no hubiera hecho el convenio y tomado sobre sí el nombre de Cristo.

3 Y además, sucedió que cuando el rey Benjamín hubo terminado todas estas cosas, y hubo consagrado a su hijo Mosíah como gobernante y rey de su pueblo, y le hubo dado todas las instrucciones relativas al reino, y también hubo nombrado sacerdotes para enseñar al pueblo, a fin de que pudieran oír y conocer los mandamientos de Dios, y para recordarles el juramento que habían hecho, despidió a la multitud, y todos regresaron a sus propias casas, cada uno con su familia.

4 Y Mosíah empezó a reinar en lugar de su padre. Y comenzó a reinar a los treinta años de edad, con lo que habían transcurrido, en total, unos cuatrocientos setenta y seis años desde que Lehi salió de Jerusalén.

5 Y el rey Benjamín vivió tres años y murió.

6 Y sucedió que el rey Mosíah anduvo por los caminos del Señor, observó sus juicios y sus estatutos, y guardó sus mandamientos en todo lo que él le mandó.

7 Y el rey Mosíah hizo que su pueblo cultivara la tierra. Y él mismo también cultivó la tierra, para no convertirse en una carga para su pueblo y para hacer en todo lo que su padre había hecho. Y no hubo contiendas entre todo su pueblo durante tres años.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 7

✦

1 Y sucedió que, después de que el rey Mosíah había disfrutado de paz continua durante tres años, deseó saber acerca del pueblo que había subido a vivir en la tierra de Lehi-Nefi, o en la ciudad de Lehi-Nefi; pues su pueblo no había tenido noticias de ellos desde que salieron de la tierra de Zarahemla; por eso, lo cansaban con sus insistentes peticiones.

2 Y sucedió que el rey Mosíah permitió que dieciséis de sus hombres fuertes subieran a la tierra de Lehi-Nefi para averiguar acerca de sus hermanos.

3 Y sucedió que al día siguiente emprendieron el viaje, llevando consigo a un hombre llamado Ammón, que era fuerte y poderoso, y descendiente de Zarahemla; y él era también su jefe.

4 Y no sabían qué camino debían seguir por el desierto para subir a la tierra de Lehi-Nefi; por eso vagaron muchos días por el desierto; durante cuarenta días vagaron.

5 Y después de haber vagado cuarenta días, llegaron a una colina que está al norte de la tierra de Shilom, y allí levantaron sus tiendas.

6 Y Ammón tomó a tres de sus hermanos, cuyos nombres eran Amalekí, Hélem y Hem, y bajaron a la tierra de Nefi.

7 Y se encontraron con el rey del pueblo que estaba en la tierra de Nefi y en la tierra de Shilom; y los guardias del rey los rodearon, los apresaron, los ataron y los metieron en prisión.

8 Y sucedió que, después de haber estado dos días en prisión, fueron llevados de nuevo ante el rey y les quitaron las ataduras; y se presentaron ante el rey, y se les permitió, o más bien se les ordenó, que respondieran a las preguntas que él les hiciera.

9 Y él les dijo: Miren, yo soy Limhi, hijo de Noé, que era hijo de Zeniff, quien subió de la tierra de Zarahemla para heredar esta tierra, que era la tierra de sus padres, y fue hecho rey por la voz del pueblo.

10 Y ahora deseo saber por qué se atrevieron a acercarse a las murallas de la ciudad cuando yo mismo estaba con mis guardias fuera de la puerta.

11 Y por esta razón he permitido que se les conserve la vida, para poder interrogarlos; de lo contrario, habría ordenado a mis guardias que les dieran muerte. Se les permite hablar.

12 Y cuando Ammón vio que se le permitía hablar, se adelantó y se inclinó ante el rey; y al levantarse de nuevo, dijo: Oh rey, hoy estoy muy agradecido ante Dios por seguir vivo y por tener permiso para hablar; y procuraré hablar con valentía;

13 Pues estoy seguro de que, si me hubieran conocido, no habrían permitido que llevara estas ataduras. Porque soy Ammón, descendiente de Zarahemla, y he subido de la tierra de Zarahemla para averiguar acerca de nuestros hermanos, a quienes Zeniff trajo de aquella tierra.

14 Y sucedió que, después de oír las palabras de Ammón, Limhi se alegró muchísimo y dijo: Ahora sé con certeza que mis hermanos que estaban en la tierra de Zarahemla siguen vivos. Y ahora me alegraré; y mañana haré que mi pueblo también se alegre.

15 Pues estamos sometidos a los lamanitas y nos imponen un tributo difícil de soportar. Y ahora nuestros hermanos nos librarán de nuestra servidumbre, o de las manos de los lamanitas, y seremos sus esclavos; porque es mejor que seamos esclavos de los nefitas que pagar tributo al rey de los lamanitas.

16 Y el rey Limhi ordenó a sus guardias que no volvieran a atar a Ammón ni a sus hermanos, sino que fueran a la colina que estaba al norte de Shilom y trajeran a sus hermanos a la ciudad, para que pudieran comer, beber y descansar de las fatigas de su viaje; pues habían sufrido muchas cosas: habían padecido hambre, sed y cansancio.

17 Y sucedió que al día siguiente el rey Limhi envió una proclamación a todo su pueblo para que se reunieran en el templo a escuchar las palabras que él les diría.

18 Y sucedió que, cuando se hubieron reunido, les habló de esta manera: Oh pueblo mío, levanten la cabeza y tengan consuelo; pues se acerca el tiempo, o no está muy lejano, en que ya no estaremos sometidos a nuestros enemigos, a pesar de nuestras muchas luchas, que han sido en vano; aun así, confío en que queda una lucha que dará resultado.

19 Por tanto, levanten la cabeza, alégrense y pongan su confianza en Dios, en aquel Dios que fue el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; y también en aquel Dios que sacó a los hijos de Israel de la tierra de Egipto, e hizo que cruzaran el mar Rojo sobre tierra seca, y los alimentó con maná para que no perecieran en el desierto; y muchas cosas más hizo por ellos.

20 Y además, ese mismo Dios sacó a nuestros padres de la tierra de Jerusalén, y ha cuidado y preservado a su pueblo hasta ahora; y es por nuestras iniquidades y abominaciones que nos ha llevado a la servidumbre.

21 Y todos ustedes son testigos hoy de que Zeniff, que fue hecho rey de este pueblo, tenía un deseo excesivo de heredar la tierra de sus padres, por lo que fue engañado por la astucia y las artimañas del rey Lamán, quien había celebrado un tratado con el rey Zeniff y había puesto en sus manos las posesiones de una parte de la tierra, es decir, la ciudad de Lehi-Nefi y la ciudad de Shilom, y la tierra de los alrededores—

22 Y todo esto lo hizo con el único propósito de someter a este pueblo o reducirlo a servidumbre. Y ahora pagamos tributo al rey de los lamanitas: la mitad de nuestro maíz, de nuestra cebada y de todos nuestros granos de cualquier clase, y la mitad del aumento de nuestros rebaños y de nuestro ganado; el rey de los lamanitas nos exige la mitad de todo lo que tenemos o poseemos, o de lo contrario, nuestras vidas.

23 Y ahora, ¿no es esto difícil de soportar? ¿Y no es grande esta aflicción nuestra? Vean cuántas razones tenemos para lamentarnos.

24 Sí, les digo que son grandes las razones que tenemos para lamentarnos; pues vean cuántos de nuestros hermanos han sido asesinados, y su sangre ha sido derramada en vano, y todo por causa de la iniquidad.

25 Porque, si este pueblo no hubiera caído en la transgresión, el Señor no habría permitido que este gran mal les sobreviniera. Pero no quisieron escuchar sus palabras; y surgieron disputas entre ellos, hasta el punto de que derramaron sangre entre sí.

26 Y han matado a un profeta del Señor; sí, a un hombre escogido por Dios, que les habló de su maldad y sus abominaciones, y profetizó muchas cosas que han de venir, incluso la venida de Cristo.

27 Y porque les dijo que Cristo era Dios, el Padre de todas las cosas, y que tomaría sobre sí la imagen del hombre, y que esta sería la imagen según la cual el hombre fue creado en el principio; o, en otras palabras, dijo que el hombre fue creado a imagen de Dios, y que Dios descendería entre los hijos de los hombres, tomaría sobre sí carne y sangre, y andaría sobre la faz de la tierra—

28 Y porque dijo esto, le dieron muerte; e hicieron muchas cosas más que hicieron caer sobre ellos la ira de Dios. Por tanto, ¿quién se sorprende de que estén en servidumbre y sean azotados por duras aflicciones?

29 Pues el Señor ha dicho: No socorreré a mi pueblo en el día de su transgresión; sino que cerraré sus caminos para que no prosperen; y sus acciones serán como una piedra de tropiezo ante ellos.

30 Y también dice: Si mi pueblo siembra inmundicia, cosechará la paja de ella en el torbellino; y su efecto es veneno.

31 Y también dice: Si mi pueblo siembra inmundicia, cosechará el viento del este, que trae destrucción inmediata.

32 Y ahora se ha cumplido la promesa del Señor, y ustedes son azotados y afligidos.

33 Pero si se vuelven al Señor con plena determinación de corazón, ponen su confianza en él y lo sirven con toda la diligencia de su mente, si hacen esto, él los librará de la servidumbre según su propia voluntad y agrado.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 8

✦

1 Y sucedió que, después de que el rey Limhi terminó de hablar a su pueblo, pues les habló de muchas cosas y solo unas pocas he escrito en este libro, les contó todo lo referente a sus hermanos que estaban en la tierra de Zarahemla.

2 E hizo que Ammón se pusiera de pie ante la multitud y les relatara todo lo que les había sucedido a sus hermanos desde el tiempo en que Zeniff salió de aquella tierra hasta el tiempo en que él mismo salió de ella.

3 Y también les relató las últimas palabras que el rey Benjamín les había enseñado, y se las explicó al pueblo del rey Limhi, para que pudieran entender todas las palabras que decía.

4 Y sucedió que, después de haber hecho todo esto, el rey Limhi despidió a la multitud e hizo que cada uno regresara a su propia casa.

5 Y sucedió que hizo que llevaran ante Ammón las planchas que contenían el registro de su pueblo desde el tiempo en que salieron de la tierra de Zarahemla, para que las leyera.

6 Ahora bien, en cuanto Ammón hubo leído el registro, el rey le preguntó si podía interpretar lenguas, y Ammón le dijo que no podía.

7 Y el rey le dijo: Afligido por los sufrimientos de mi pueblo, hice que cuarenta y tres de los nuestros emprendieran un viaje por el desierto, para que así pudieran encontrar la tierra de Zarahemla y pudiéramos acudir a nuestros hermanos para que nos libraran de la esclavitud.

8 Y estuvieron perdidos en el desierto durante muchos días; sin embargo, fueron diligentes y no encontraron la tierra de Zarahemla, sino que regresaron a esta tierra, después de haber viajado por una tierra entre muchas aguas y de haber descubierto una tierra cubierta de huesos de hombres y de animales, y también cubierta de ruinas de edificios de toda clase; habían descubierto una tierra que había estado habitada por un pueblo tan numeroso como las huestes de Israel.

9 Y como testimonio de que las cosas que han dicho son verdaderas, han traído veinticuatro planchas llenas de grabados, y son de oro puro.

10 Y he aquí que también han traído petos grandes, que son de latón y de cobre, y están perfectamente conservados.

11 Y además han traído espadas cuyos puños se han deshecho y cuyas hojas estaban corroídas por el óxido; y no hay nadie en esta tierra que pueda interpretar la lengua ni los grabados que hay en las planchas. Por eso te dije: ¿Puedes traducir?

12 Y vuelvo a preguntarte: ¿Conoces a alguien que pueda traducir? Porque deseo que estos registros se traduzcan a nuestra lengua; pues quizá nos den a conocer a un remanente del pueblo que ha sido destruido y del cual proceden estos registros; o quizá nos den a conocer a ese mismo pueblo que ha sido destruido; y deseo saber la causa de su destrucción.

13 Entonces Ammón le dijo: Puedo hablarte con certeza, oh rey, de un hombre que puede traducir los registros; pues tiene medios con los que puede mirar y traducir todos los registros de tiempos antiguos; y es un don

de Dios. Y esos objetos se llaman intérpretes, y ningún hombre puede mirar en ellos a menos que se le mande, para que no mire lo que no debe y perezca. Y quien recibe el mandato de mirar en ellos es llamado vidente.

14 Y he aquí que el rey del pueblo que está en la tierra de Zarahemla es el hombre que ha recibido el mandato de hacer estas cosas y que tiene este elevado don de Dios.

15 Y el rey dijo que un vidente es mayor que un profeta.

16 Y Ammón dijo que un vidente es un revelador y también un profeta; y ningún hombre puede tener un don mayor, a menos que posea el poder de Dios, lo cual ningún hombre puede; no obstante, a un hombre se le puede conceder gran poder de parte de Dios.

17 Pero un vidente puede conocer las cosas que han pasado y también las que han de venir, y por medio de ellos se revelarán todas las cosas; o, más bien, se manifestarán las cosas secretas y saldrán a la luz las cosas ocultas, y por medio de ellos se darán a conocer cosas que no se conocen, y también se darán a conocer cosas que de otro modo no podrían conocerse.

18 Así Dios ha proporcionado un medio para que el hombre, mediante la fe, pueda obrar poderosos milagros; por tanto, llega a ser de gran beneficio para sus semejantes.

19 Y cuando Ammón terminó de decir estas palabras, el rey se alegró muchísimo y dio gracias a Dios, diciendo: Sin duda estas planchas contienen un gran misterio, y sin duda estos intérpretes fueron preparados con el propósito de revelar todos esos misterios a los hijos de los hombres.

20 ¡Oh, cuán maravillosas son las obras del Señor, y cuánta paciencia tiene con su pueblo; sí, y cuán ciego e impenetrable es el entendimiento de los hijos de los hombres! ¡Pues no buscan la sabiduría ni desean que ella los gobierne!

21 Sí, son como un rebaño salvaje que huye del pastor y se dispersa, y es perseguido y devorado por las fieras del bosque.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 9

✦

1 Yo, Zeniff, había sido instruido en toda la lengua de los nefitas y tenía conocimiento de la tierra de Nefi, o sea, de la tierra de la primera herencia de nuestros padres; y había sido enviado como espía entre los lamanitas para reconocer sus fuerzas, a fin de que nuestro ejército pudiera caer sobre ellos y destruirlos; pero cuando vi lo que había de bueno entre ellos, deseé que no fueran destruidos.

2 Por tanto, discutí con mis hermanos en el desierto, porque quería que nuestro gobernante hiciera un tratado con ellos; pero él, que era un hombre severo y sanguinario, mandó que me mataran; sin embargo, fui rescatado a costa de mucho derramamiento de sangre; pues padre luchó contra padre, y hermano contra hermano, hasta que la mayor parte de nuestro ejército fue destruida en el desierto; y los que sobrevivimos regresamos a la tierra de Zarahemla para contar lo ocurrido a sus esposas y a sus hijos.

3 Y aun así, llevado por un afán excesivo de heredar la tierra de nuestros padres, reuní a cuantos deseaban ir a poseer la tierra, y emprendimos de nuevo nuestro viaje por el desierto para ir a aquella tierra; pero sufrimos hambre y graves aflicciones, pues tardábamos en recordar al Señor nuestro Dios.

4 Sin embargo, después de muchos días de andar por el desierto, levantamos nuestras tiendas en el lugar donde nuestros hermanos habían muerto, que estaba cerca de la tierra de nuestros padres.

5 Y sucedió que fui de nuevo con cuatro de mis hombres a la ciudad, a ver al rey, para conocer su disposición y saber si podía entrar con mi pueblo y poseer la tierra en paz.

6 Y me presenté ante el rey, y él pactó conmigo que yo podría poseer la tierra de Lehi-Nefi y la tierra de Shilom.

7 Y también mandó que su pueblo saliera de aquella tierra, y mi pueblo y yo entramos en ella para poseerla.

8 Y comenzamos a construir edificios y a reparar las murallas de la ciudad, sí, las murallas de la ciudad de Lehi-Nefi y de la ciudad de Shilom.

9 Y comenzamos a cultivar la tierra, sí, con toda clase de semillas: semillas de maíz, de trigo y de cebada, y con neas y con sheum, y con semillas de toda clase de frutos; y comenzamos a multiplicarnos y a prosperar en la tierra.

10 Ahora bien, fue por la astucia y el engaño del rey Lamán, que pretendía someter a mi pueblo a la esclavitud, que él cedió la tierra para que la poseyéramos.

11 Por tanto, sucedió que, después de haber vivido en la tierra durante doce años, el rey Lamán comenzó a inquietarse, temiendo que mi pueblo llegara a hacerse fuerte en la tierra y que ellos no pudieran vencerlo y someterlo a la esclavitud.

12 Ellos eran un pueblo perezoso e idólatra; por eso deseaban someternos a la esclavitud, para saciarse con el trabajo de nuestras manos; sí, para darse festines con los rebaños de nuestros campos.

13 Por tanto, sucedió que el rey Lamán empezó a incitar a su pueblo a luchar contra el mío; así comenzaron a surgir guerras y disputas en la tierra.

14 Pues en el decimotercer año de mi reinado en la tierra de Nefi, lejos, al sur de la tierra de Shilom, mientras mi pueblo daba de beber y de comer a sus rebaños y cultivaba sus tierras, un numeroso ejército de lamanitas cayó sobre ellos y comenzó a matarlos y a llevarse sus rebaños y el maíz de sus campos.

15 Sí, y sucedió que todos los que no fueron alcanzados huyeron hasta la ciudad de Nefi y me pidieron protección.

16 Y sucedió que los armé con arcos y flechas, con espadas y cimitarras, con garrotes y hondas, y con toda clase de armas que pudimos idear; y mi pueblo y yo salimos a luchar contra los lamanitas.

17 Sí, con la fuerza del Señor salimos a luchar contra los lamanitas; pues mi pueblo y yo clamamos con fuerza al Señor para que nos librara de las manos de nuestros enemigos, porque habíamos vuelto a recordar la liberación de nuestros padres.

18 Y Dios oyó nuestros clamores y respondió a nuestras oraciones; y salimos con su poder; sí, salimos contra los lamanitas, y en un día y una noche matamos a tres mil cuarenta y tres; los matamos hasta haberlos expulsado de nuestra tierra.

19 Y yo mismo, con mis propias manos, ayudé a enterrar a sus muertos. Y he aquí que, para nuestro gran dolor y lamento, doscientos setenta y nueve de nuestros hermanos murieron.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 10

✦

1 Y sucedió que comenzamos de nuevo a establecer el reino y a poseer la tierra en paz. E hice que se fabricaran armas de guerra de toda clase, para tener así armas para mi pueblo cuando los lamanitas volvieran a subir a hacer la guerra contra mi pueblo.

2 Y puse guardias por toda la tierra, para que los lamanitas no volvieran a sorprendernos y destruirnos; y así protegí a mi pueblo y a mis rebaños, y evité que cayeran en manos de nuestros enemigos.

3 Y sucedió que poseímos la tierra de nuestros padres durante muchos años, sí, por espacio de veintidós años.

4 E hice que los hombres labraran la tierra y cultivaran toda clase de granos y frutos de todo tipo.

5 E hice que las mujeres hilaran, se esforzaran y trabajaran, y elaboraran toda clase de lino fino, sí, y telas de todo tipo, para que pudiéramos cubrir nuestra desnudez; y así prosperamos en la tierra; así tuvimos paz continua en la tierra por espacio de veintidós años.

6 Y sucedió que murió el rey Lamán, y su hijo comenzó a reinar en su lugar. Y comenzó a incitar a su pueblo a rebelarse contra mi pueblo; por tanto, empezaron a prepararse para la guerra y a subir a la batalla contra mi pueblo.

7 Pero yo había enviado a mis espías por los alrededores de la tierra de Shemlón, para descubrir sus preparativos y tomar precauciones contra ellos, a fin de que no cayeran sobre mi pueblo y lo destruyeran.

8 Y sucedió que subieron por el norte de la tierra de Shilom con sus numerosos ejércitos, hombres armados con arcos, flechas, espadas, cimitarras, piedras y hondas; y llevaban la cabeza afeitada, de modo que la tenían descubierta; y llevaban un cinturón de cuero ceñido a la cintura.

9 Y sucedió que hice que las mujeres y los niños de mi pueblo se escondieran en el desierto; y también hice que todos mis ancianos que podían portar armas, así como todos mis jóvenes capaces de portarlas, se reunieran para ir a la batalla contra los lamanitas; y los coloqué en sus filas, a cada hombre según su edad.

10 Y sucedió que subimos a la batalla contra los lamanitas; y yo, yo mismo, en mi vejez, subí a la batalla contra los lamanitas. Y sucedió que subimos a la batalla con la fuerza del Señor.

11 Ahora bien, los lamanitas no sabían nada del Señor ni de la fuerza del Señor, por lo que dependían de su propia fuerza. No obstante, eran un pueblo fuerte en cuanto a la fuerza de los hombres.

12 Eran un pueblo salvaje, feroz y sanguinario, que creía en la tradición de sus padres, que es esta: creían que habían sido expulsados de la tierra de Jerusalén por las iniquidades de sus padres, y que sus hermanos los habían tratado injustamente en el desierto, y también durante la travesía del mar;

13 Y además, que habían sido tratados injustamente mientras estaban en la tierra de su primera herencia, después de cruzar el mar, y todo esto porque Nefi era más fiel en guardar los mandamientos del Señor; por tanto, el Se-

ñor lo favorecía, pues escuchaba sus oraciones y las respondía, y él dirigió su viaje por el desierto.

14 Y sus hermanos se enfurecieron con él porque no comprendían la manera de obrar del Señor; también se enfurecieron con él sobre las aguas porque endurecieron sus corazones contra el Señor.

15 Y además, se enfurecieron con él cuando llegaron a la tierra prometida, porque decían que les había quitado de las manos el gobierno del pueblo; y procuraron matarlo.

16 Y además, se enfurecieron con él porque se fue al desierto como el Señor le había mandado, y se llevó los registros que estaban grabados en las planchas de latón, pues decían que les había robado.

17 Y así han enseñado a sus hijos a odiarlos, a asesinarlos, a robarlos y saquearlos, y a hacer todo lo posible por destruirlos; por tanto, tienen un odio eterno hacia los hijos de Nefi.

18 Por esta misma razón el rey Lamán, con su astucia, sus artimañas engañosas y sus hermosas promesas, me ha engañado, de modo que he traído a este pueblo mío a esta tierra para que ellos puedan destruirlo; sí, y hemos sufrido estos muchos años en la tierra.

19 Y ahora yo, Zeniff, después de haber contado a mi pueblo todas estas cosas acerca de los lamanitas, los animé a ir a la batalla con todas sus fuerzas, poniendo su confianza en el Señor; por tanto, luchamos contra ellos cara a cara.

20 Y sucedió que los expulsamos de nuevo de nuestra tierra; y les dimos muerte en una gran matanza, a tantos que no los contamos.

21 Y sucedió que regresamos a nuestra propia tierra, y mi pueblo comenzó de nuevo a cuidar sus rebaños y a labrar sus campos.

22 Y ahora yo, siendo anciano, entregué el reino a uno de mis hijos; por tanto, no digo más. Y que el Señor bendiga a mi pueblo. Amén.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 11

✦

1 Y ahora sucedió que Zeniff entregó el reino a Noé, uno de sus hijos; por tanto, Noé comenzó a reinar en su lugar; y no siguió los caminos de su padre.

2 Pues he aquí, no guardó los mandamientos de Dios, sino que siguió los deseos de su propio corazón. Y tuvo muchas esposas y concubinas. E hizo que su pueblo cometiera pecados e hiciera lo que era abominable a los ojos del Señor. Sí, y cometieron inmoralidades sexuales y toda clase de maldades.

3 E impuso un tributo de una quinta parte de todo lo que poseían: una quinta parte de su oro y de su plata, y una quinta parte de su ziff, de su cobre, de su latón y de su hierro; y una quinta parte de sus animales engordados; y también una quinta parte de todo su grano.

4 Y tomaba todo esto para mantenerse a sí mismo, a sus esposas y a sus concubinas; y también a sus sacerdotes, y a las esposas y concubinas de estos; así había cambiado los asuntos del reino.

5 Pues destituyó a todos los sacerdotes que su padre había consagrado y consagró a otros en su lugar, hombres envanecidos por el orgullo de sus corazones.

6 Sí, y así eran mantenidos en su pereza, en su idolatría y en sus inmoralidades sexuales mediante los tributos que el rey Noé había impuesto a su pueblo; así el pueblo trabajaba en exceso para sostener la iniquidad.

7 Sí, y también se volvieron idólatras, porque fueron engañados por las palabras vanas y aduladoras del rey y de los sacerdotes; pues les decían cosas que los halagaban.

8 Y sucedió que el rey Noé construyó muchos edificios elegantes y espaciosos; y los adornó con finos trabajos de madera y con toda clase de cosas preciosas, de oro, de plata, de hierro, de latón, de ziff y de cobre;

9 Y también se construyó un palacio espacioso y un trono en medio de él, todo ello de madera fina y adornado con oro, plata y cosas preciosas.

10 Y también hizo que sus obreros realizaran toda clase de trabajos finos dentro de los muros del templo, de madera fina, de cobre y de latón.

11 Y adornó con oro puro los asientos reservados para los sumos sacerdotes, que estaban por encima de todos los demás asientos; e hizo construir un parapeto delante de ellos, para que pudieran apoyar el cuerpo y los brazos mientras hablaban palabras mentirosas y vanas a su pueblo.

12 Y sucedió que construyó una torre cerca del templo; sí, una torre muy alta, tan alta que podía estar en lo alto de ella y contemplar la tierra de Shilom, y también la tierra de Shemlón, que estaba en posesión de los lamanitas; e incluso podía contemplar toda la tierra de los alrededores.

13 Y sucedió que hizo construir muchos edificios en la tierra de Shilom; e hizo construir una gran torre en la colina al norte de la tierra de Shilom, que había sido un refugio para los hijos de Nefi cuando huyeron de la tierra; y así empleó las riquezas que obtenía mediante los tributos de su pueblo.

14 Y sucedió que puso su corazón en sus riquezas y pasaba el tiempo llevando una vida desenfrenada con sus esposas y sus concubinas; y del mismo modo sus sacerdotes pasaban el tiempo con prostitutas.

15 Y sucedió que plantó viñedos por toda la tierra; y construyó lagares e hizo vino en abundancia; y por ello se volvió un bebedor empedernido, y también su pueblo.

16 Y sucedió que los lamanitas empezaron a atacar a pequeños grupos de su pueblo y a matarlos en sus campos y mientras cuidaban sus rebaños.

17 Y el rey Noé envió guardias por toda la tierra para mantenerlos alejados; pero no envió un número suficiente, y los lamanitas cayeron sobre ellos y los mataron, y sacaron de la tierra muchos de sus rebaños; así los lamanitas empezaron a destruirlos y a descargar su odio sobre ellos.

18 Y sucedió que el rey Noé envió sus ejércitos contra ellos, y estos fueron rechazados, o sus ejércitos los hicieron retroceder por un tiempo; por tanto, regresaron regocijándose por su botín.

19 Y ahora, por esta gran victoria, se envanecieron con el orgullo de sus corazones; se jactaban de su propia fuerza, diciendo que cincuenta de ellos podían hacer frente a miles de lamanitas; y así se jactaban y se deleitaban en la sangre y en derramar la sangre de sus hermanos, y esto debido a la maldad de su rey y de sus sacerdotes.

20 Y sucedió que había entre ellos un hombre llamado Abinadí; y salió entre ellos y empezó a profetizar, diciendo: He aquí, así dice el Señor, y así me ha mandado, diciendo: Ve y di a este pueblo: Así dice el Señor: ¡Ay de este pueblo!, porque he visto sus abominaciones, su maldad y sus inmoralidades sexuales; y a menos que se arrepientan, los castigaré en mi ira.

21 Y a menos que se arrepientan y se vuelvan al Señor su Dios, he aquí, los entregaré en manos de sus enemigos; sí, y serán sometidos a servidumbre; y serán afligidos por mano de sus enemigos.

22 Y sucederá que sabrán que yo soy el Señor su Dios, y que soy un Dios celoso, que castiga las iniquidades de mi pueblo.

23 Y sucederá que, a menos que este pueblo se arrepienta y se vuelva al Señor su Dios, será sometido a servidumbre; y nadie lo librará, salvo el Señor, el Dios Todopoderoso.

24 Sí, y sucederá que cuando clamen a mí, tardaré en escuchar sus clamores; sí, y permitiré que sean heridos por sus enemigos.

25 Y a menos que se arrepientan con tela de saco y ceniza, y clamen con fuerza al Señor su Dios, no escucharé sus oraciones ni los libraré de sus aflicciones; y así dice el Señor, y así me lo ha mandado.

26 Ahora bien, sucedió que cuando Abinadí les habló estas palabras, se enfurecieron con él y procuraron quitarle la vida; pero el Señor lo libró de sus manos.

27 Y cuando el rey Noé supo de las palabras que Abinadí había dicho al pueblo, también se enfureció; y dijo: ¿Quién es Abinadí para que él nos juzgue a mí y a mi pueblo, o quién es el Señor para traer sobre mi pueblo una aflicción tan grande?

28 Les mando que traigan aquí a Abinadí para que yo lo mate, pues ha dicho estas cosas para incitar a mi pueblo a enfurecerse unos contra otros y provocar disputas entre mi pueblo; por tanto, lo mataré.

29 Ahora bien, los ojos del pueblo estaban cegados; por tanto, endurecieron sus corazones contra las palabras de Abinadí y desde entonces procuraron apresarlo. Y el rey Noé endureció su corazón contra la palabra del Señor y no se arrepintió de sus malas acciones.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 12

✦

1 Y sucedió que, después de dos años, Abinadí llegó entre ellos disfrazado, de modo que no lo reconocieron, y empezó a profetizar entre ellos, diciendo: Así me ha mandado el Señor, diciendo: Abinadí, ve y profetiza a este pueblo mío, porque han endurecido sus corazones contra mis palabras; no se han arrepentido de sus malas obras; por tanto, los castigaré en mi ira; sí, en mi furiosa ira los castigaré por sus iniquidades y abominaciones.

2 ¡Sí, ay de esta generación! Y el Señor me dijo: Extiende tu mano y profetiza, diciendo: Así dice el Señor: Sucederá que esta generación, por sus iniquidades, será llevada al cautiverio y será golpeada en la mejilla; sí, será arreada por los hombres y será muerta; y los buitres del aire, y los perros, sí, y las bestias salvajes devorarán su carne.

3 Y sucederá que la vida del rey Noé será valorada como una prenda de vestir en un horno ardiente; porque sabrá que yo soy el Señor.

4 Y sucederá que heriré a este pueblo mío con graves aflicciones, sí, con hambre y con peste; y haré que aúllen todo el día.

5 Sí, y haré que les aten cargas sobre la espalda; y serán arreados como un asno mudo.

6 Y sucederá que enviaré granizo entre ellos, y los golpeará; y también serán azotados por el viento del este; y los insectos también infestarán su tierra y devorarán su grano.

7 Y serán azotados por una gran peste; y todo esto haré por sus iniquidades y abominaciones.

8 Y sucederá que, a menos que se arrepientan, los destruiré por completo de la faz de la tierra; sin embargo, dejarán un registro tras de sí, y los preservaré para otras naciones que poseerán la tierra; sí, esto haré para dar a conocer las abominaciones de este pueblo a otras naciones. Y muchas cosas profetizó Abinadí contra este pueblo.

9 Y sucedió que se enojaron con él; y lo tomaron y lo llevaron atado ante el rey, y dijeron al rey: Mira, hemos traído ante ti a un hombre que ha profetizado el mal acerca de tu pueblo, y dice que Dios lo destruirá.

10 Y también profetiza el mal acerca de tu vida, y dice que tu vida será como una prenda de vestir en un horno de fuego.

11 Y además, dice que serás como un tallo, como un tallo seco del campo, sobre el cual pasan las bestias y lo pisotean.

12 Y además, dice que serás como las flores de un cardo que, cuando está completamente maduro, si sopla el viento, es arrastrado por la faz de la tierra. Y afirma que el Señor lo ha dicho. Y dice que todo esto te sobrevendrá a menos que te arrepientas, y esto por tus iniquidades.

13 Y ahora, oh rey, ¿qué gran mal has hecho, o qué grandes pecados ha cometido tu pueblo, para que seamos condenados por Dios o juzgados por este hombre?

14 Y ahora, oh rey, mira, somos inocentes, y tú, oh rey, no has pecado; por tanto, este hombre ha mentido acerca de ustedes y ha profetizado en vano.

15 Mira, somos fuertes; no caeremos en el cautiverio ni seremos tomados prisioneros por nuestros enemigos; sí, y tú has prosperado en la tierra, y también prosperarás.

16 Mira, aquí está el hombre; lo entregamos en tus manos; puedes hacer con él lo que te parezca bien.

17 Y sucedió que el rey Noé hizo que Abinadí fuera echado en prisión; y mandó que los sacerdotes se reunieran para deliberar con ellos sobre lo que debía hacer con él.

18 Y sucedió que dijeron al rey: Tráelo aquí para que podamos interrogarlo; y el rey mandó que lo llevaran ante ellos.

19 Y comenzaron a interrogarlo para hacerlo caer en contradicciones y así tener de qué acusarlo; pero él les respondió con valentía y resistió todas sus preguntas, sí, para asombro de ellos; porque les hizo frente en todas sus preguntas y los confundió en todas sus palabras.

20 Y sucedió que uno de ellos le dijo: ¿Qué significan las palabras que están escritas y que nuestros padres han enseñado, que dicen:

21 Cuán hermosos sobre los montes son los pies del que trae buenas noticias; del que anuncia la paz; del que trae buenas noticias de bien; del que anuncia la salvación; del que dice a Sion: Tu Dios reina;

22 Tus centinelas alzarán la voz; a una voz cantarán juntos; porque verán cara a cara cuando el Señor restaure Sion;

23 Estallen de alegría; canten juntas, ruinas de Jerusalén; porque el Señor ha consolado a su pueblo, ha redimido a Jerusalén;

24 El Señor ha descubierto su santo brazo ante los ojos de todas las naciones, y todos los confines de la tierra verán la salvación de nuestro Dios?

25 Y entonces Abinadí les dijo: ¿Son ustedes sacerdotes y pretenden enseñar a este pueblo y entender el espíritu de profecía, y aun así desean que yo les diga qué significan estas cosas?

26 Les digo: ¡Ay de ustedes por pervertir los caminos del Señor! Porque si entienden estas cosas, no las han enseñado; por tanto, han pervertido los caminos del Señor.

27 No han dedicado sus corazones a entender; por tanto, no han sido sabios. Entonces, ¿qué enseñan a este pueblo?

28 Y ellos dijeron: Enseñamos la ley de Moisés.

29 Y él les dijo de nuevo: Si enseñan la ley de Moisés, ¿por qué no la cumplen? ¿Por qué ponen sus corazones en las riquezas? ¿Por qué cometen inmoralidades sexuales y gastan sus fuerzas con prostitutas, sí, y hacen que este pueblo peque, de modo que el Señor tiene motivos para enviarme a profetizar contra este pueblo, sí, un gran mal contra este pueblo?

30 ¿No saben que digo la verdad? Sí, saben que digo la verdad; y deberían temblar ante Dios.

31 Y sucederá que serán castigados por sus iniquidades, porque han dicho que enseñan la ley de Moisés. ¿Y qué saben acerca de la ley de Moisés? ¿Viene la salvación por la ley de Moisés? ¿Qué dicen ustedes?

32 Y respondieron y dijeron que la salvación sí venía por la ley de Moisés.

33 Pero entonces Abinadí les dijo: Sé que, si guardan los mandamientos de Dios, serán salvos; sí, si guardan los mandamientos que el Señor entregó a Moisés en el monte Sinaí, diciendo:

34 Yo soy el Señor tu Dios, que te ha sacado de la tierra de Egipto, de la casa de esclavitud.

35 No tendrás otro Dios delante de mí.

36 No te harás ninguna imagen tallada, ni semejanza alguna de lo que está arriba en el cielo, ni de las cosas que están abajo en la tierra.

37 Entonces Abinadí les dijo: ¿Han hecho todo esto? Les digo que no, no lo han hecho. ¿Y han enseñado a este pueblo que debe hacer todas estas cosas? Les digo que no, no lo han hecho.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 13

✦

1 Y cuando el rey hubo oído estas palabras, dijo a sus sacerdotes: Llévense a este hombre y mátenlo; pues ¿qué tenemos que ver con él? Está loco.

2 Y se adelantaron e intentaron ponerle las manos encima; pero él se les opuso y les dijo:

3 No me toquen, porque Dios los herirá si me ponen las manos encima, pues no he entregado el mensaje que el Señor me envió a entregar; tampoco les he dicho lo que me pidieron que dijera; por tanto, Dios no permitirá que sea destruido en este momento.

4 Pero debo cumplir los mandamientos que Dios me ha dado; y porque les he dicho la verdad, están enojados conmigo. Y además, porque he hablado la palabra de Dios, han juzgado que estoy loco.

5 Y sucedió que, después de que Abinadí hubo dicho estas palabras, el pueblo del rey Noé no se atrevió a ponerle las manos encima, porque el Espíritu del Señor estaba sobre él; y su rostro resplandecía con un brillo extraordinario, tal como el de Moisés cuando estaba en el monte Sinaí, mientras hablaba con el Señor.

6 Y hablaba con poder y autoridad de Dios; y continuó sus palabras, diciendo:

7 Ven que no tienen poder para matarme; por tanto, termino mi mensaje. Sí, y percibo que les hiere el corazón que les diga la verdad acerca de sus iniquidades.

8 Sí, y mis palabras los llenan de asombro y sorpresa, y de ira.

9 Pero termino mi mensaje; y después no importa adónde vaya, con tal de que sea salvo.

10 Pero esto les digo: lo que hagan conmigo después de esto será como una figura y una sombra de las cosas que han de venir.

11 Y ahora les leo el resto de los mandamientos de Dios, porque percibo que no están escritos en sus corazones; percibo que han estudiado y enseñado la iniquidad durante la mayor parte de sus vidas.

12 Y ahora, recuerden que les dije: No te harás ninguna imagen tallada, ni semejanza alguna de las cosas que están arriba en el cielo, ni de las que están abajo en la tierra, ni de las que están en el agua debajo de la tierra.

13 Y también: No te inclinarás ante ellas ni las servirás; porque yo, el Señor tu Dios, soy un Dios celoso, que castigo las iniquidades de los padres en los hijos, hasta la tercera y la cuarta generación de quienes me odian;

14 Y muestro misericordia a miles de quienes me aman y guardan mis mandamientos.

15 No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano; porque el Señor no tendrá por inocente a quien tome su nombre en vano.

16 Recuerda el día de reposo para santificarlo.

17 Seis días trabajarás y harás toda tu obra;

18 Pero el séptimo día, el día de reposo del Señor tu Dios, no harás ningún trabajo, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu ganado, ni el extranjero que esté dentro de tus puertas;

19 Porque en seis días el Señor hizo el cielo y la tierra, y el mar, y todo lo que hay en ellos; por eso el Señor bendijo el día de reposo y lo santificó.

20 Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días sean largos sobre la tierra que el Señor tu Dios te da.

21 No matarás.

22 No cometerás adulterio. No robarás.

23 No darás falso testimonio contra tu prójimo.

24 No codiciarás la casa de tu prójimo; no codiciarás la esposa de tu prójimo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni nada que pertenezca a tu prójimo.

25 Y sucedió que, cuando Abinadí terminó de decir estas cosas, les dijo: ¿Han enseñado a este pueblo que debe procurar hacer todas estas cosas para guardar estos mandamientos?

26 Les digo que no; porque si lo hubieran hecho, el Señor no me habría enviado a presentarme y profetizar el mal acerca de este pueblo.

27 Y ahora han dicho que la salvación viene por la ley de Moisés. Les digo que todavía es necesario que guarden la ley de Moisés; pero les digo que llegará el tiempo en que ya no será necesario guardar la ley de Moisés.

28 Y además, les digo que la salvación no viene solo por la ley; y si no fuera por la expiación que Dios mismo hará por los pecados y las iniquidades de su pueblo, ellos perecerían inevitablemente, a pesar de la ley de Moisés.

29 Y ahora les digo que era necesario que se diera una ley a los hijos de Israel, sí, una ley muy estricta; porque eran un pueblo obstinado, pronto para cometer iniquidad y lento para recordar al Señor su Dios;

30 Por tanto, se les dio una ley, sí, una ley de prácticas y ordenanzas, una ley que debían observar estrictamente día tras día, para que recordaran a Dios y su deber hacia él.

31 Pero les digo que todas estas cosas eran figuras de cosas venideras.

32 Y ahora, ¿entendían ellos la ley? Les digo que no, no todos entendían la ley; y esto por la dureza de sus corazones; porque no entendían que nadie podía ser salvo sino por medio de la redención de Dios.

33 Pues ¿no les profetizó Moisés acerca de la venida del Mesías y de que Dios redimiría a su pueblo? Sí, y todos los profetas que han profetizado desde el principio del mundo, ¿no han hablado en mayor o menor medida acerca de estas cosas?

34 ¿No han dicho que Dios mismo descendería entre los hijos de los hombres, tomaría la forma de hombre y recorrería la faz de la tierra con gran poder?

35 Sí, ¿y no han dicho también que llevaría a cabo la resurrección de los muertos, y que él mismo sería oprimido y afligido?

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 14

✦

1 Sí, ¿acaso no dice Isaías: ¿Quién ha creído nuestro mensaje, y a quién se ha revelado el brazo del Señor?

2 Porque crecerá delante de él como una planta tierna y como una raíz en tierra seca; no tiene apariencia ni hermosura; y cuando lo veamos, no habrá belleza que nos haga desearlo.

3 Es despreciado y rechazado por los hombres; un hombre de dolores, familiarizado con el sufrimiento; y como que ocultamos de él nuestros rostros; fue despreciado y no lo estimamos.

4 Ciertamente ha llevado nuestros sufrimientos y cargado con nuestros dolores; sin embargo, lo consideramos castigado, herido por Dios y afligido.

5 Pero fue herido por nuestras transgresiones, fue golpeado por nuestras iniquidades; sobre él cayó el castigo que nos dio paz; y por sus heridas somos sanados.

6 Todos nosotros, como ovejas, nos hemos extraviado; cada uno se ha vuelto hacia su propio camino; y el Señor ha cargado sobre él las iniquidades de todos nosotros.

7 Fue oprimido y afligido, pero no abrió la boca; es llevado como un cordero al matadero, y como una oveja que permanece muda ante quienes la esquilan, así él no abrió la boca.

8 Fue sacado de la prisión y del juicio; ¿y quién declarará su generación? Porque fue arrancado de la tierra de los vivos; por las transgresiones de mi pueblo fue herido.

9 Y dispuso su sepultura con los malvados, y con los ricos en su muerte; porque no había hecho ningún mal, ni había engaño alguno en su boca.

10 Sin embargo, al Señor le agradó quebrantarlo; lo sometió al sufrimiento; cuando hagas de su alma una ofrenda por el pecado, verá su descendencia, prolongará sus días, y la voluntad del Señor prosperará en su mano.

11 Verá el sufrimiento de su alma y quedará satisfecho; por su conocimiento mi siervo justo justificará a muchos; porque llevará las iniquidades de ellos.

12 Por tanto, le daré una porción con los grandes, y repartirá el botín con los fuertes; porque derramó su alma hasta la muerte y fue contado entre los transgresores; y llevó los pecados de muchos e intercedió por los transgresores.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 15

✦

1 Y ahora Abinadí les dijo: Quisiera que entendieran que Dios mismo descenderá entre los hijos de los hombres y redimirá a su pueblo.

2 Y porque habitará en la carne, será llamado el Hijo de Dios, y habiendo sometido la carne a la voluntad del Padre, siendo el Padre y el Hijo—

3 El Padre, porque fue concebido por el poder de Dios; y el Hijo, por causa de la carne; llegando así a ser el Padre y el Hijo—

4 Y son un solo Dios, sí, el mismo Padre Eterno del cielo y de la tierra.

5 Y así, al quedar la carne sujeta al Espíritu, o el Hijo al Padre, siendo un solo Dios, sufre la tentación y no cede a ella, sino que permite que su pueblo se burle de él, lo azote, lo expulse y lo repudie.

6 Y después de todo esto, después de obrar muchos milagros poderosos entre los hijos de los hombres, será llevado, sí, tal como dijo Isaías: como una oveja enmudece ante el esquilador, así él no abrió la boca.

7 Sí, así será llevado, crucificado y muerto, quedando la carne sujeta incluso a la muerte, y la voluntad del Hijo absorbida en la voluntad del Padre.

8 Y así Dios rompe las ataduras de la muerte, habiendo obtenido la victoria sobre la muerte; dando al Hijo poder para interceder por los hijos de los hombres—

9 Habiendo ascendido al cielo, con las entrañas llenas de misericordia; estando lleno de compasión por los hijos de los hombres; interponiéndose entre ellos y la justicia; habiendo roto las ataduras de la muerte, tomado sobre sí la iniquidad y las transgresiones de ellos, habiéndolos redimido y satisfecho las exigencias de la justicia.

10 Y ahora les digo: ¿Quién declarará su generación? Miren, les digo que cuando su alma haya sido ofrecida como ofrenda por el pecado, verá a su descendencia. Y ahora, ¿qué dicen? ¿Y quién será su descendencia?

11 Miren, les digo que cualquiera que haya oído las palabras de los profetas, sí, de todos los santos profetas que han profetizado acerca de la venida del Señor—les digo que todos aquellos que han escuchado sus palabras y creído que el Señor redimiría a su pueblo, y han esperado ese día para recibir la remisión de sus pecados, les digo que estos son su descendencia, o sea, son herederos del reino de Dios.

12 Porque estos son aquellos cuyos pecados él ha llevado; estos son aquellos por quienes ha muerto para redimirlos de sus transgresiones. Y ahora, ¿no son ellos su descendencia?

13 Sí, ¿y no lo son los profetas, cada uno que ha abierto la boca para profetizar y que no ha caído en transgresión? Me refiero a todos los santos profetas desde el principio del mundo. Les digo que ellos son su descendencia.

14 Y estos son los que han proclamado la paz, los que han traído buenas noticias del bien, los que han proclamado la salvación y han dicho a Sion: ¡Tu Dios reina!

15 ¡Y cuán hermosos eran sus pies sobre las montañas!

16 Y de nuevo, ¡cuán hermosos son sobre las montañas los pies de los que siguen proclamando la paz!

17 Y de nuevo, ¡cuán hermosos son sobre las montañas los pies de los que en adelante proclamarán la paz, sí, desde ahora y para siempre!

18 Y miren, les digo que esto no es todo. Porque ¡cuán hermosos son sobre las montañas los pies de aquel que trae buenas noticias, que es el fundador de la paz, sí, el Señor mismo, que ha redimido a su pueblo; sí, aquel que ha concedido la salvación a su pueblo;

19 Porque si no fuera por la redención que ha realizado por su pueblo, la cual fue preparada desde la fundación del mundo, les digo que, si no fuera por esto, toda la humanidad habría perecido.

20 Pero miren, las ataduras de la muerte serán rotas, y el Hijo reina y tiene poder sobre los muertos; por tanto, lleva a cabo la resurrección de los muertos.

21 Y vendrá una resurrección, sí, una primera resurrección; sí, una resurrección de aquellos que han vivido, que viven y que vivirán hasta la resurrección de Cristo—pues así será llamado.

22 Y ahora, la resurrección de todos los profetas y de todos los que han creído en sus palabras, o de todos los que han guardado los mandamientos de Dios, tendrá lugar en la primera resurrección; por tanto, ellos son la primera resurrección.

23 Son resucitados para morar con Dios, que los ha redimido; así tienen vida eterna por medio de Cristo, que ha roto las ataduras de la muerte.

24 Y estos son los que tienen parte en la primera resurrección; y estos son los que han muerto antes de que Cristo viniera, en su ignorancia, sin que se les hubiera anunciado la salvación. Y así el Señor lleva a cabo la restauración de estos; y tienen parte en la primera resurrección, o tienen vida eterna, al ser redimidos por el Señor.

25 Y los niños pequeños también tienen vida eterna.

26 Pero miren, y teman, y tiemblen ante Dios, porque deben temblar; pues el Señor no redime a ninguno de los que se rebelan contra él y mueren en sus pecados; sí, a todos aquellos que han perecido en sus pecados desde el principio del mundo, que se han rebelado deliberadamente contra Dios, que han conocido los mandamientos de Dios y no han querido guardarlos; estos son los que no tienen parte en la primera resurrección.

27 Por tanto, ¿no deben temblar? Porque la salvación no llega a ninguno de ellos; pues el Señor no ha redimido a ninguno de ellos; sí, tampoco puede el Señor redimirlos, porque no puede negarse a sí mismo; porque no puede negar la justicia cuando esta presenta su reclamación.

28 Y ahora les digo que llegará el tiempo en que la salvación del Señor será anunciada a toda nación, linaje, lengua y pueblo.

29 Sí, Señor, tus centinelas alzarán la voz; a una voz cantarán juntos; porque verán con sus propios ojos cuando el Señor restaure Sion.

30 Estallen de alegría, canten juntos, lugares desolados de Jerusalén; porque el Señor ha consolado a su pueblo, ha redimido a Jerusalén.

31 El Señor ha descubierto su santo brazo ante los ojos de todas las naciones; y todos los confines de la tierra verán la salvación de nuestro Dios.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 16

✦

1 Y ahora, sucedió que, después de haber dicho estas palabras, Abinadí extendió la mano y dijo: Llegará el tiempo en que todos verán la salvación del Señor; cuando toda nación, linaje, lengua y pueblo verán con sus propios ojos y confesarán ante Dios que sus juicios son justos.

2 Y entonces los malvados serán expulsados, y tendrán motivo para aullar, llorar, lamentarse y rechinar los dientes; y esto porque no quisieron escuchar la voz del Señor; por tanto, el Señor no los redime.

3 Porque son carnales y diabólicos, y el diablo tiene poder sobre ellos; sí, aquella antigua serpiente que engañó a nuestros primeros padres, lo cual fue la causa de su caída; lo cual fue la causa de que toda la humanidad se volviera carnal, sensual, diabólica, distinguiendo el mal del bien y sometiéndose al diablo.

4 Así toda la humanidad estaba perdida; y miren, habría estado perdida para siempre si Dios no hubiera redimido a su pueblo de su estado perdido y caído.

5 Pero recuerden que quien persiste en su propia naturaleza carnal y sigue por los caminos del pecado y de la rebelión contra Dios permanece en su estado caído, y el diablo tiene todo poder sobre él. Por tanto, para él es como si no se hubiera realizado ninguna redención, pues es enemigo de Dios; y también el diablo es enemigo de Dios.

6 Y ahora, si Cristo no hubiera venido al mundo, hablando de las cosas por venir como si ya hubieran sucedido, no habría podido haber redención.

7 Y si Cristo no hubiera resucitado de entre los muertos, o no hubiera roto las ataduras de la muerte para que el sepulcro no tuviera victoria y la muerte no tuviera aguijón, no habría podido haber resurrección.

8 Pero hay una resurrección; por tanto, el sepulcro no tiene victoria, y el aguijón de la muerte queda absorbido en Cristo.

9 Él es la luz y la vida del mundo; sí, una luz que no tiene fin, que nunca puede oscurecerse; sí, y también una vida que no tiene fin, para que no pueda haber más muerte.

10 Este ser mortal se revestirá de inmortalidad, y esta corrupción se revestirá de incorrupción, y serán llevados a comparecer ante el tribunal de Dios, para ser juzgados por él según sus obras, sean buenas o malas—

11 Si son buenas, a la resurrección de vida y felicidad sin fin; y si son malas, a la resurrección de condenación sin fin, siendo entregados al diablo, que los ha sometido, lo cual es la condenación—

12 Habiendo seguido su propia voluntad y sus deseos carnales; sin haber invocado jamás al Señor mientras los brazos de la misericordia estaban extendidos hacia ellos; porque los brazos de la misericordia estaban extendidos hacia ellos, y no quisieron; habiendo sido advertidos de sus iniquidades, aun así no quisieron apartarse de ellas; y se les mandó arrepentirse, pero no quisieron arrepentirse.

13 Y ahora, ¿no deben temblar y arrepentirse de sus pecados, y recordar que solo en Cristo y por medio de él pueden ser salvos?

14 Por tanto, si enseñan la ley de Moisés, enseñen también que es una sombra de las cosas que han de venir—

15 Enséñenles que la redención viene por medio de Cristo el Señor, que es el mismo Padre Eterno. Amén.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 17

✦

1 Y sucedió que, cuando Abinadí terminó de decir estas cosas, el rey mandó que los sacerdotes lo tomaran y le dieran muerte.

2 Pero había entre ellos uno que se llamaba Alma, que también era descendiente de Nefi. Era un joven y creyó las palabras que Abinadí había hablado, pues conocía la iniquidad de la que Abinadí había testificado contra ellos; por eso comenzó a suplicarle al rey que no se enojara con Abinadí, sino que le permitiera irse en paz.

3 Pero el rey se enfureció aún más, hizo que expulsaran a Alma de entre ellos y envió a sus siervos tras él para que lo mataran.

4 Pero él huyó de ellos y se escondió, de modo que no lo encontraron. Y mientras estuvo oculto durante muchos días, escribió todas las palabras que Abinadí había hablado.

5 Y sucedió que el rey hizo que sus guardias rodearan a Abinadí y lo apresaran; y lo ataron y lo arrojaron a la cárcel.

6 Y después de tres días, tras consultar con sus sacerdotes, hizo que lo llevaran de nuevo ante él.

7 Y le dijo: Abinadí, hemos encontrado una acusación contra ti, y mereces la muerte.

8 Porque has dicho que Dios mismo descendería entre los hijos de los hombres; y ahora, por esta razón se te dará muerte, a menos que te retractes de todas las palabras con las que has hablado mal de mí y de mi pueblo.

9 Entonces Abinadí le dijo: Les digo que no me retractaré de las palabras que les he hablado acerca de este pueblo, porque son verdaderas; y para que conozcan su certeza, he permitido caer en sus manos.

10 Sí, y sufriré incluso hasta la muerte, y no me retractaré de mis palabras, y estas quedarán como testimonio contra ustedes. Y si me matan, derramarán sangre inocente, y esto también quedará como testimonio contra ustedes en el último día.

11 Y el rey Noé estaba a punto de ponerlo en libertad, porque temía su palabra; pues temía que los juicios de Dios cayeran sobre él.

12 Pero los sacerdotes alzaron la voz contra Abinadí y empezaron a acusarlo, diciendo: Ha insultado al rey. Por eso el rey se llenó de ira contra él y lo entregó para que lo mataran.

13 Y sucedió que lo tomaron y lo ataron, y le azotaron la piel con haces de leña, sí, hasta darle muerte.

14 Y cuando las llamas empezaron a quemarlo, les gritó, diciendo:

15 Miren, así como han hecho conmigo, sucederá que tu descendencia hará que muchos sufran los dolores que yo sufro, sí, los dolores de la muerte por fuego; y esto porque creen en la salvación del Señor su Dios.

16 Y sucederá que serán afligidos con toda clase de enfermedades a causa de sus iniquidades.

17 Sí, y serán heridos por todas partes, y serán expulsados y dispersados de un lado a otro, tal como las bestias salvajes y feroces ahuyentan a un rebaño silvestre.

18 Y en aquel día serán perseguidos, y caerán en manos de sus enemigos, y entonces sufrirán, como yo sufro, los dolores de la muerte por fuego.

19 Así ejecuta Dios su venganza sobre quienes destruyen a su pueblo. Oh Dios, recibe mi alma.

20 Y cuando Abinadí hubo dicho estas palabras, cayó, habiendo sufrido la muerte por fuego; sí, habiendo sido ejecutado porque no quiso negar los mandamientos de Dios, y habiendo sellado con su muerte la verdad de sus palabras.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 18

✦

1 Y sucedió que Alma, que había huido de los siervos del rey Noé, se arrepintió de sus pecados e iniquidades, y fue en secreto entre el pueblo y comenzó a enseñar las palabras de Abinadí—

2 Sí, acerca de lo que había de venir, y también acerca de la resurrección de los muertos y de la redención del pueblo, que se llevaría a cabo mediante el poder, los sufrimientos y la muerte de Cristo, y su resurrección y ascensión al cielo.

3 Y enseñaba a todos los que querían escuchar su palabra. Y les enseñaba en secreto, para que el rey no se enterara. Y muchos creyeron sus palabras.

4 Y sucedió que todos los que le creyeron fueron a un lugar llamado Mormón, que había recibido su nombre del rey y se encontraba en los límites de la tierra, y que de vez en cuando, o en ciertas temporadas, había estado infestado de bestias salvajes.

5 Había en Mormón una fuente de agua pura, y Alma acudía allí, pues cerca del agua había una espesura de árboles pequeños donde se escondía durante el día de las búsquedas del rey.

6 Y sucedió que todos los que le creían iban allí para escuchar sus palabras.

7 Y sucedió que, después de muchos días, un buen número de personas se había reunido en el lugar de Mormón para escuchar las palabras de Alma. Sí, todos los que creían en su palabra se habían reunido para escucharlo. Y

él les enseñaba y les predicaba el arrepentimiento, la redención y la fe en el Señor.

8 Y sucedió que les dijo: Miren, aquí están las aguas de Mormón (pues así se llamaban), y ahora, ya que desean entrar en el rebaño de Dios y ser llamados su pueblo, y están dispuestos a llevar las cargas unos de otros para que sean ligeras;

9 Sí, y están dispuestos a llorar con los que lloran; sí, y a consolar a quienes necesitan consuelo, y a ser testigos de Dios en todo momento, en todas las cosas y en todos los lugares donde se encuentren, incluso hasta la muerte, para que sean redimidos por Dios y contados entre los de la primera resurrección, para que tengan vida eterna—

10 Ahora les digo: si este es el deseo de sus corazones, ¿qué tienen en contra de ser bautizados en el nombre del Señor, como testimonio ante él de que han hecho un convenio con él de servirle y guardar sus mandamientos, para que él derrame su Espíritu más abundantemente sobre ustedes?

11 Y cuando el pueblo oyó estas palabras, aplaudió de alegría y exclamó: Este es el deseo de nuestros corazones.

12 Y sucedió que Alma tomó a Helam, que era uno de los primeros, entró en el agua y se puso de pie, y clamó, diciendo: Oh Señor, derrama tu Espíritu sobre tu siervo, para que pueda hacer esta obra con santidad de corazón.

13 Y cuando hubo dicho estas palabras, el Espíritu del Señor estaba sobre él, y dijo: Helam, te bautizo, teniendo autoridad del Dios Todopoderoso, como testimonio de que has hecho un convenio de servirle hasta que mue-

ras en cuanto al cuerpo mortal; y que el Espíritu del Señor sea derramado sobre ti, y que él te conceda la vida eterna por medio de la redención de Cristo, a quien ha preparado desde la fundación del mundo.

14 Y después de que Alma hubo dicho estas palabras, tanto Alma como Helam quedaron sumergidos en el agua; y se levantaron y salieron del agua regocijándose, llenos del Espíritu.

15 Y de nuevo Alma tomó a otro, entró por segunda vez en el agua y lo bautizó de la misma manera que al primero, solo que él no volvió a sumergirse en el agua.

16 Y de esta manera bautizó a todos los que fueron al lugar de Mormón; y eran unas doscientas cuatro almas; sí, y fueron bautizados en las aguas de Mormón y fueron llenos de la gracia de Dios.

17 Y desde entonces fueron llamados la iglesia de Dios, o la iglesia de Cristo. Y sucedió que todo el que era bautizado por el poder y la autoridad de Dios se unía a su iglesia.

18 Y sucedió que Alma, teniendo autoridad de Dios, ordenó sacerdotes; sí, ordenó a un sacerdote por cada cincuenta de ellos, para que les predicaran y les enseñaran acerca de las cosas relacionadas con el reino de Dios.

19 Y les mandó que no enseñaran nada salvo las cosas que él había enseñado y que habían sido dichas por boca de los santos profetas.

20 Sí, les mandó que no predicaran nada salvo el arrepentimiento y la fe en el Señor, que había redimido a su pueblo.

21 Y les mandó que no hubiera contiendas entre ellos, sino que miraran hacia adelante con una misma visión, teniendo una sola fe y un solo bautismo, con sus corazones unidos en unidad y amor unos hacia otros.

22 Y así les mandó predicar. Y así llegaron a ser hijos de Dios.

23 Y les mandó que observaran el día de reposo y lo santificaran, y que también dieran gracias todos los días al Señor su Dios.

24 Y también les mandó que los sacerdotes que había ordenado trabajaran con sus propias manos para su sustento.

25 Y había un día de cada semana reservado para que se reunieran a enseñar al pueblo y a adorar al Señor su Dios; y también debían reunirse tan a menudo como les fuera posible.

26 Y los sacerdotes no debían depender del pueblo para su sustento, sino que por su labor debían recibir la gracia de Dios, para que se fortalecieran en el Espíritu, teniendo el conocimiento de Dios, a fin de que pudieran enseñar con poder y autoridad de Dios.

27 Y además, Alma mandó que el pueblo de la iglesia compartiera sus bienes, cada uno según lo que tuviera; si tenía en abundancia, debía compartir en abundancia; y al que tenía poco, poco se le debía pedir; y al que no tenía, se le debía dar.

28 Y así debían compartir sus bienes por su propia voluntad y sus buenos deseos hacia Dios, y con aquellos sacerdotes que pasaban necesidad, sí, y con toda persona necesitada y desnuda.

29 Y esto les dijo por mandato de Dios; y ellos andaban rectamente ante Dios, compartiendo unos con otros tanto en lo temporal como en lo espiritual, según sus necesidades y carencias.

30 Y sucedió que todo esto se hizo en Mormón, sí, junto a las aguas de Mormón, en el bosque que estaba cerca de las aguas de Mormón; sí, el lugar de Mormón, las aguas de Mormón, el bosque de Mormón, ¡qué hermosos son a los ojos de quienes allí llegaron al conocimiento de su Redentor! Sí, y ¡qué bendecidos son ellos, porque cantarán sus alabanzas para siempre!

31 Y estas cosas se hacían en los límites de la tierra, para que el rey no se enterara.

32 Pero sucedió que el rey, al descubrir un movimiento entre el pueblo, envió a sus siervos para vigilarlos. Por eso, el día en que se reunían para escuchar la palabra del Señor, el rey supo de ellos.

33 Y el rey dijo que Alma estaba incitando al pueblo a rebelarse contra él; por eso envió a su ejército para destruirlos.

34 Y sucedió que Alma y el pueblo del Señor fueron informados de la llegada del ejército del rey; por eso tomaron sus tiendas y a sus familias y partieron al desierto.

35 Y eran unas cuatrocientas cincuenta almas.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 19

✦

1 Y sucedió que el ejército del rey regresó, después de haber buscado en vano al pueblo del Señor.

2 Y ahora, las fuerzas del rey eran pequeñas, pues habían sido reducidas, y empezó a haber una división entre el resto del pueblo.

3 Y la parte menor comenzó a lanzar amenazas contra el rey, y empezó a haber una gran contienda entre ellos.

4 Y había entre ellos un hombre llamado Gedeón, que era un hombre fuerte y enemigo del rey; por eso sacó su espada y juró en su ira que mataría al rey.

5 Y sucedió que luchó con el rey; y cuando el rey vio que estaba a punto de vencerlo, huyó corriendo y subió a la torre que estaba cerca del templo.

6 Y Gedeón lo persiguió y estaba a punto de subir a la torre para matar al rey, cuando el rey miró a su alrededor hacia la tierra de Shemlón, y vio que el ejército de los lamanitas estaba dentro de las fronteras de la tierra.

7 Y entonces el rey clamó con angustia en el alma, diciendo: Gedeón, perdóname la vida, porque los lamanitas se nos vienen encima y nos destruirán; sí, destruirán a mi pueblo.

8 Y el rey no estaba tan preocupado por su pueblo como por su propia vida; no obstante, Gedeón le perdonó la vida.

9 Y el rey mandó al pueblo que huyera de los lamanitas, y él mismo fue delante de ellos, y huyeron al desierto con sus mujeres y sus hijos.

10 Y sucedió que los lamanitas los persiguieron, los alcanzaron y comenzaron a matarlos.

11 Y sucedió que el rey les mandó que todos los hombres abandonaran a sus esposas y a sus hijos, y huyeran de los lamanitas.

12 Pero hubo muchos que no quisieron abandonarlos, sino que prefirieron quedarse y morir con ellos. Y los demás abandonaron a sus esposas y a sus hijos, y huyeron.

13 Y sucedió que quienes se quedaron con sus esposas y sus hijos hicieron que sus hermosas hijas se adelantaran y suplicaran a los lamanitas que no los mataran.

14 Y sucedió que los lamanitas tuvieron compasión de ellos, porque quedaron cautivados por la belleza de sus mujeres.

15 Por eso los lamanitas les perdonaron la vida, los tomaron cautivos y los llevaron de regreso a la tierra de Nefi, y les permitieron poseer la tierra con la condición de que entregaran al rey Noé en manos de los lamanitas y entregaran sus bienes, es decir, la mitad de todo lo que poseían, la mitad de su oro, de su plata y de todas sus cosas preciosas; y así debían pagar tributo al rey de los lamanitas de año en año.

16 Y entre los que fueron llevados cautivos estaba uno de los hijos del rey, llamado Limhi.

17 Y Limhi deseaba que su padre no fuera destruido; sin embargo, Limhi no ignoraba las iniquidades de su padre, pues él mismo era un hombre justo.

18 Y sucedió que Gedeón envió hombres en secreto al desierto para buscar al rey y a los que estaban con él. Y sucedió que encontraron a la gente en el desierto, a todos excepto al rey y a sus sacerdotes.

19 Ellos habían jurado en su corazón que regresarían a la tierra de Nefi, y que si sus esposas y sus hijos habían sido asesinados, así como quienes se habían quedado con ellos, buscarían venganza y también morirían con ellos.

20 Y el rey les mandó que no regresaran; y se enojaron con el rey e hicieron que sufriera hasta morir en el fuego.

21 Y estaban a punto de apresar también a los sacerdotes y darles muerte, pero estos huyeron de ellos.

22 Y sucedió que estaban a punto de regresar a la tierra de Nefi cuando se encontraron con los hombres de Gedeón. Y los hombres de Gedeón les contaron todo lo que había sucedido a sus esposas y a sus hijos, y que los lamanitas les habían permitido poseer la tierra a cambio de pagarles como tributo la mitad de todo lo que poseían.

23 Y la gente les contó a los hombres de Gedeón que habían matado al rey y que sus sacerdotes habían huido de ellos, adentrándose más en el desierto.

24 Y sucedió que, después de terminar la ceremonia, regresaron a la tierra de Nefi, llenos de alegría porque sus esposas y sus hijos no habían sido asesinados; y le contaron a Gedeón lo que le habían hecho al rey.

25 Y sucedió que el rey de los lamanitas les juró que su pueblo no los mataría.

26 Y también Limhi, que era hijo del rey y a quien el pueblo había conferido el reino, juró al rey de los lamanitas que su pueblo le pagaría tributo, es decir, la mitad de todo lo que poseían.

27 Y sucedió que Limhi comenzó a establecer el reino y a establecer la paz entre su pueblo.

28 Y el rey de los lamanitas puso guardias alrededor de la tierra para mantener al pueblo de Limhi dentro de ella e impedir que se marcharan al desierto; y mantenía a sus guardias con el tributo que recibía de los nefitas.

29 Y el rey Limhi tuvo paz continua en su reino durante dos años, pues los lamanitas no los molestaron ni intentaron destruirlos.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 20

✦

1 Había un lugar en Shemlón donde las hijas de los lamanitas se reunían para cantar, bailar y divertirse.

2 Y sucedió que un día un pequeño número de ellas se reunió para cantar y bailar.

3 Y los sacerdotes del rey Noé, avergonzados de regresar a la ciudad de Nefi, sí, y temiendo también que el pueblo los matara, no se atrevían a volver con sus esposas y sus hijos.

4 Y como habían permanecido en el desierto y habían descubierto a las hijas de los lamanitas, se ocultaron y las observaron;

5 Y cuando solo unas pocas de ellas se habían reunido para bailar, salieron de sus escondites, las apresaron y se las llevaron al desierto; sí, se llevaron al desierto a veinticuatro de las hijas de los lamanitas.

6 Y sucedió que cuando los lamanitas descubrieron que sus hijas habían desaparecido, se enojaron con el pueblo de Limhi, porque pensaron que había sido el pueblo de Limhi.

7 Por eso enviaron sus ejércitos; sí, incluso el rey mismo fue al frente de su pueblo; y subieron a la tierra de Nefi para destruir al pueblo de Limhi.

8 Y Limhi los había divisado desde la torre; había visto todos sus preparativos para la guerra. Por eso reunió a su pueblo y les tendió una emboscada en los campos y en los bosques.

9 Y sucedió que cuando llegaron los lamanitas, el pueblo de Limhi empezó a caer sobre ellos desde los lugares donde los esperaba, y comenzó a matarlos.

10 Y sucedió que la batalla se volvió sumamente encarnizada, pues luchaban como leones por su presa.

11 Y sucedió que el pueblo de Limhi comenzó a hacer retroceder a los lamanitas, aunque no eran ni la mitad de numerosos que ellos. Pero luchaban por sus vidas, por sus esposas y por sus hijos; por eso se esforzaron y lucharon como dragones.

12 Y sucedió que encontraron al rey de los lamanitas entre sus muertos; sin embargo, no estaba muerto, sino que había sido herido y abandonado en el suelo, tan rápida había sido la huida de su pueblo.

13 Y lo recogieron, le vendaron las heridas, lo llevaron ante Limhi y dijeron: Mira, aquí está el rey de los lamanitas; ha recibido una herida y ha caído entre sus muertos, y lo han abandonado; y ahora lo hemos traído ante ti; déjanos matarlo.

14 Pero Limhi les dijo: No lo maten; tráiganlo aquí para que pueda verlo. Y lo trajeron. Y Limhi le dijo: ¿Qué motivo tienen para venir a hacer la guerra contra mi pueblo? Mi pueblo no ha quebrantado el juramento que te hice; por lo tanto, ¿por qué habrían de quebrantar ustedes el juramento que hicieron a mi pueblo?

15 Y el rey dijo: He quebrantado el juramento porque tu pueblo se llevó a las hijas de mi pueblo; por eso, en mi ira, hice que mi pueblo viniera a hacer la guerra contra tu pueblo.

16 Y Limhi no había oído nada de este asunto; por eso dijo: Investigaré entre mi pueblo, y quienquiera que haya hecho esto morirá. Por lo tanto, mandó que se hiciera una investigación entre su pueblo.

17 Cuando Gedeón, que era el capitán del rey, oyó estas cosas, se adelantó y le dijo al rey: Te ruego que te detengas, que no investigues a este pueblo ni le atribuyas este hecho.

18 Porque ¿no recuerdas a los sacerdotes de tu padre, a quienes este pueblo intentó destruir? ¿Y no están en el desierto? ¿Y no son ellos quienes han raptado a las hijas de los lamanitas?

19 Y ahora, considera estas cosas y cuéntaselas al rey, para que él se las cuente a su pueblo y así se calmen con nosotros; porque ya se están preparando para venir contra nosotros, y además somos pocos.

20 Y vienen con sus numerosas huestes; y a menos que el rey los calme con nosotros, tendremos que morir.

21 Pues ¿no se han cumplido las palabras que Abinadí profetizó contra nosotros, y todo esto porque no quisimos escuchar las palabras del Señor ni apartarnos de nuestras iniquidades?

22 Y ahora apacigüemos al rey y cumplamos el juramento que le hemos hecho; porque es mejor que estemos bajo servidumbre a que perdamos la vida; por lo tanto, pongamos fin al derramamiento de tanta sangre.

23 Y entonces Limhi le contó al rey todo lo concerniente a su padre y a los sacerdotes que habían huido al desierto, y les atribuyó a ellos el rapto de sus hijas.

24 Y sucedió que el rey se calmó con el pueblo de Limhi, y les dijo: Salgamos al encuentro de mi pueblo sin armas; y les juro que mi pueblo no matará a tu pueblo.

25 Y sucedió que siguieron al rey y salieron sin armas al encuentro de los lamanitas. Y sucedió que se encontraron con los lamanitas; y el rey de los lamanitas se inclinó ante ellos y suplicó en favor del pueblo de Limhi.

26 Y cuando los lamanitas vieron que el pueblo de Limhi estaba sin armas, tuvieron compasión de ellos y se calmaron, y regresaron en paz con su rey a su propia tierra.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 21

✦

1 Y sucedió que Limhi y su pueblo regresaron a la ciudad de Nefi y comenzaron a vivir de nuevo en paz en la tierra.

2 Y sucedió que, después de muchos días, los lamanitas comenzaron de nuevo a llenarse de ira contra los nefitas y comenzaron a entrar por las fronteras de la tierra circundante.

3 Ahora bien, no se atrevían a matarlos por el juramento que su rey había hecho a Limhi; pero les golpeaban las mejillas y ejercían autoridad sobre ellos; y comenzaron a ponerles pesadas cargas sobre la espalda y a arrearlos como a un asno mudo—

4 Sí, todo esto se hizo para que se cumpliera la palabra del Señor.

5 Y las aflicciones de los nefitas eran grandes, y no había manera de que pudieran librarse de sus manos, pues los lamanitas los habían rodeado por todos lados.

6 Y sucedió que el pueblo empezó a quejarse ante el rey por sus aflicciones; y empezaron a desear salir a combatir contra ellos. Y afligieron mucho al rey con sus quejas; por tanto, él les permitió hacer lo que deseaban.

7 Y volvieron a reunirse, se pusieron sus armaduras y salieron contra los lamanitas para expulsarlos de su tierra.

8 Y sucedió que los lamanitas los derrotaron, los hicieron retroceder y mataron a muchos de ellos.

9 Y hubo gran duelo y lamentación entre el pueblo de Limhi: la viuda lloraba por su marido, el hijo y la hija lloraban por su padre, y los hermanos por sus hermanos.

10 Había muchísimas viudas en la tierra, y clamaban con fuerza día tras día, pues se había apoderado de ellas un gran temor a los lamanitas.

11 Y sucedió que sus continuos clamores llenaron de ira contra los lamanitas al resto del pueblo de Limhi; y salieron de nuevo a combatir, pero otra vez los hicieron retroceder, sufriendo grandes pérdidas.

12 Sí, volvieron a salir por tercera vez y sufrieron de la misma manera; y los que no murieron regresaron de nuevo a la ciudad de Nefi.

13 Y se humillaron hasta el polvo, sujetándose al yugo de la esclavitud, sometiéndose a ser golpeados, llevados de un lado a otro y cargados de peso, según los deseos de sus enemigos.

14 Y se humillaron hasta lo más profundo de la humildad; y clamaron con fuerza a Dios; sí, durante todo el día clamaban a su Dios para que los librara de sus aflicciones.

15 Y el Señor tardó en escuchar su clamor a causa de sus iniquidades; sin embargo, el Señor escuchó sus clamores y comenzó a ablandar el corazón de los lamanitas, de modo que comenzaron a aliviar sus cargas; pero el Señor no consideró conveniente librarlos de la esclavitud.

16 Y sucedió que comenzaron a prosperar poco a poco en la tierra y comenzaron a producir grano con más abundancia y a criar rebaños y ganado, de modo que no padecían hambre.

17 Había un gran número de mujeres, más que de hombres; por tanto, el rey Limhi mandó que cada hombre contribuyera al sustento de las viudas y de sus hijos, para que no murieran de hambre; e hicieron esto porque era muy grande el número de los suyos que habían muerto.

18 El pueblo de Limhi se mantenía unido en un solo grupo tanto como le era posible, y protegía su grano y sus rebaños;

19 Y el rey mismo no se aventuraba fuera de las murallas de la ciudad a menos que llevara consigo a sus guardias, pues temía caer de algún modo en manos de los lamanitas.

20 E hizo que su pueblo vigilara la tierra circundante para ver si de algún modo podían capturar a aquellos sacerdotes que habían huido al desierto, que habían raptado a las hijas de los lamanitas y que habían causado que tan gran destrucción cayera sobre ellos.

21 Pues deseaban capturarlos para castigarlos, porque habían entrado de noche en la tierra de Nefi y se habían llevado su grano y muchas de sus cosas preciosas; por tanto, les tendieron una emboscada.

22 Y sucedió que no hubo más disturbios entre los lamanitas y el pueblo de Limhi hasta el momento en que Ammón y sus hermanos llegaron a la tierra.

23 Y el rey, que había salido fuera de las puertas de la ciudad con su guardia, descubrió a Ammón y a sus hermanos; y, suponiendo que eran sacerdotes de Noé, mandó que los capturaran, los ataran y los echaran en prisión. Y, si hubieran sido los sacerdotes de Noé, habría mandado que les dieran muerte.

24 Pero cuando supo que no lo eran, sino que eran sus hermanos y que habían venido de la tierra de Zarahemla, se llenó de una alegría inmensa.

25 Antes de la llegada de Ammón, el rey Limhi había enviado a un pequeño grupo de hombres a buscar la tierra de Zarahemla; pero no pudieron encontrarla y se perdieron en el desierto.

26 Sin embargo, encontraron una tierra que había estado poblada; sí, una tierra cubierta de huesos secos; sí, una tierra que había estado poblada y que había sido destruida; y ellos, suponiendo que era la tierra de Zarahemla, regresaron a la tierra de Nefi, llegando a sus fronteras pocos días antes de la llegada de Ammón.

27 Y trajeron consigo un registro, el registro del pueblo cuyos huesos habían encontrado; y estaba grabado en planchas de mineral.

28 Y Limhi volvió a llenarse de alegría al saber por boca de Ammón que el rey Mosíah tenía un don de Dios por el cual podía interpretar tales grabados; sí, y Ammón también se alegró.

29 Sin embargo, Ammón y sus hermanos se llenaron de tristeza porque tantos de sus hermanos habían muerto;

30 Y también porque el rey Noé y sus sacerdotes habían hecho que el pueblo cometiera tantos pecados e iniquidades contra Dios; y también lloraron por la muerte de Abinadí, y por la partida de Alma y del pueblo que se había ido con él, quienes habían formado una iglesia de Dios mediante la fuerza y el poder de Dios y la fe en las palabras que había pronunciado Abinadí.

31 Sí, lloraron por su partida, pues no sabían adónde habían huido. Con gusto se habrían unido a ellos, pues ellos mismos habían hecho un convenio con Dios de servirle y guardar sus mandamientos.

32 Y desde la llegada de Ammón, el rey Limhi también había hecho un convenio con Dios, al igual que muchos de los de su pueblo, de servirle y guardar sus mandamientos.

33 Y sucedió que el rey Limhi y muchos de los de su pueblo deseaban ser bautizados; pero no había nadie en la tierra que tuviera autoridad de Dios. Y Ammón se negó a hacerlo, pues se consideraba un siervo indigno.

34 Por tanto, en aquel momento no se organizaron como iglesia, a la espera del Espíritu del Señor. Deseaban llegar a ser como Alma y sus hermanos, que habían huido al desierto.

35 Deseaban ser bautizados como señal y testimonio de que estaban dispuestos a servir a Dios con todo su corazón; no obstante, lo aplazaron; y más adelante se dará un relato de su bautismo.

36 Y todos los esfuerzos de Ammón y su pueblo, y del rey Limhi y su pueblo, se centraban en librarse de las manos de los lamanitas y de la esclavitud.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 22

✦

1 Y sucedió que Ammón y el rey Limhi empezaron a consultar con el pueblo cómo podrían librarse de la esclavitud; e hicieron que todo el pueblo se reuniera, a fin de conocer su parecer sobre el asunto.

2 Y sucedió que no encontraron ninguna manera de librarse de la esclavitud, salvo tomar a sus mujeres y a sus hijos, sus rebaños, su ganado y sus tiendas, y partir hacia el desierto; pues los lamanitas eran tan numerosos que al pueblo de Limhi le resultaba imposible luchar contra ellos con la esperanza de librarse de la esclavitud por la espada.

3 Y sucedió que Gedeón se adelantó, se puso ante el rey y le dijo: Oh rey, hasta ahora has prestado atención a mis palabras muchas veces cuando hemos estado luchando contra nuestros hermanos, los lamanitas.

4 Y ahora, oh rey, si no me has considerado un siervo inútil, o si hasta ahora has escuchado en alguna medida mis palabras y te han sido de provecho, de igual modo deseo que escuches mis palabras en esta ocasión, y seré tu siervo y libraré a este pueblo de la esclavitud.

5 Y el rey le permitió hablar. Y Gedeón le dijo:

6 Mira el paso de atrás, que atraviesa la muralla posterior, en la parte trasera de la ciudad. Los lamanitas, o los guardias de los lamanitas, están borrachos por la noche; por tanto, enviemos una proclamación a todo este pueblo para que reúna sus rebaños y su ganado, a fin de que puedan conducirlos al desierto de noche.

7 Y yo iré según tu mandato y entregaré a los lamanitas el último tributo de vino, y se emborracharán; y pasaremos por el paso secreto a la izquierda de su campamento cuando estén borrachos y dormidos.

8 Así partiremos hacia el desierto con nuestras mujeres y nuestros hijos, nuestros rebaños y nuestro ganado; y rodearemos la tierra de Shilom.

9 Y sucedió que el rey prestó atención a las palabras de Gedeón.

10 Y el rey Limhi hizo que su pueblo reuniera sus rebaños; y envió el tributo de vino a los lamanitas; y también les envió más vino como regalo; y ellos bebieron en abundancia del vino que el rey Limhi les había enviado.

11 Y sucedió que el pueblo del rey Limhi partió de noche hacia el desierto con sus rebaños y su ganado, y rodearon la tierra de Shilom por el desierto y se encaminaron hacia la tierra de Zarahemla, guiados por Ammón y sus hermanos.

12 Y habían llevado consigo al desierto todo el oro, la plata y las cosas preciosas que podían cargar, así como sus provisiones; y prosiguieron su viaje.

13 Y después de pasar muchos días en el desierto, llegaron a la tierra de Zarahemla, se unieron al pueblo de Mosíah y se convirtieron en sus súbditos.

14 Y sucedió que Mosíah los recibió con alegría; y también recibió sus registros, así como los registros que había encontrado el pueblo de Limhi.

15 Y sucedió que, cuando los lamanitas descubrieron que el pueblo de Limhi había salido de la tierra durante la noche, enviaron un ejército al desierto para perseguirlos;

16 Y después de perseguirlos durante dos días, ya no pudieron seguir sus huellas; por tanto, se perdieron en el desierto.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 23

✦

1 Ahora bien, Alma, después de que el Señor le advirtiera que los ejércitos del rey Noé vendrían contra ellos, y de habérselo comunicado a su pueblo, reunió con ellos sus rebaños, tomaron parte de su grano y partieron al desierto antes de que llegaran los ejércitos del rey Noé.

2 Y el Señor los fortaleció, de modo que la gente del rey Noé no pudo alcanzarlos para destruirlos.

3 Y huyeron al desierto, recorriendo un camino de ocho días.

4 Y llegaron a una tierra, sí, una tierra muy hermosa y agradable, una tierra de aguas puras.

5 Y levantaron sus tiendas, y empezaron a cultivar la tierra y a construir edificios; sí, eran laboriosos y trabajaban muchísimo.

6 Y el pueblo deseaba que Alma fuera su rey, porque era amado por su pueblo.

7 Pero él les dijo: Miren, no conviene que tengamos un rey; porque así dice el Señor: No estimarán a una persona por encima de otra, ni un hombre se considerará superior a otro; por tanto, les digo que no conviene que tengan un rey.

8 Sin embargo, si fuera posible que siempre tuvieran hombres justos como reyes, sería bueno para ustedes tener un rey.

9 Pero recuerden la iniquidad del rey Noé y de sus sacerdotes; y yo mismo caí en una trampa e hice muchas cosas que eran abominables a los ojos del Señor, lo cual me llevó a un doloroso arrepentimiento;

10 No obstante, después de mucha tribulación, el Señor oyó mis clamores y respondió a mis oraciones, y me ha hecho un instrumento en sus manos para llevar a tantos de ustedes al conocimiento de su verdad.

11 No obstante, no me glorío de esto, porque soy indigno de gloriarme de mí mismo.

12 Y ahora les digo: han sido oprimidos por el rey Noé y han estado sometidos a él y a sus sacerdotes, y ellos los han llevado a la iniquidad; por tanto, estaban atados con las cadenas de la iniquidad.

13 Y ahora que han sido librados por el poder de Dios de estas cadenas, sí, de las manos del rey Noé y de su pueblo, y también de las cadenas de la iniquidad, deseo que se mantengan firmes en esta libertad con la que han sido hechos libres, y que no confíen a ningún hombre el cargo de rey sobre ustedes.

14 Y tampoco confíen a nadie el cargo de maestro ni de ministro de ustedes, a menos que sea un hombre de Dios, que ande por sus caminos y guarde sus mandamientos.

15 Así enseñó Alma a su pueblo que cada uno debía amar a su prójimo como a sí mismo, para que no hubiera contiendas entre ellos.

16 Ahora bien, Alma era su sumo sacerdote, pues era el fundador de su iglesia.

17 Y sucedió que nadie recibía autoridad para predicar o enseñar a menos que la recibiera de Dios por medio de él. Por tanto, él consagraba a todos sus sacerdotes y a todos sus maestros; y solo se consagraba a hombres justos.

18 Por tanto, velaban por su pueblo y lo nutrían con las cosas que pertenecen a la rectitud.

19 Y sucedió que comenzaron a prosperar mucho en aquella tierra; y llamaron a la tierra Helam.

20 Y sucedió que se multiplicaron y prosperaron mucho en la tierra de Helam; y construyeron una ciudad, a la que llamaron la ciudad de Helam.

21 No obstante, el Señor considera conveniente disciplinar a su pueblo; sí, pone a prueba su paciencia y su fe.

22 No obstante, quien ponga su confianza en él será enaltecido en el último día. Sí, y así fue con este pueblo.

23 Porque miren, les mostraré que fueron sometidos a la esclavitud, y nadie podía librarlos sino el Señor su Dios, sí, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob.

24 Y sucedió que él los libró y les manifestó su gran poder, y grande fue su regocijo.

25 Porque sucedió que, mientras estaban en la tierra de Helam, sí, en la ciudad de Helam, cultivando las tierras de los alrededores, un ejército de los lamanitas se encontraba en las fronteras de la tierra.

26 Y sucedió que los hermanos de Alma huyeron de sus campos y se reunieron en la ciudad de Helam; y estaban muy asustados por la aparición de los lamanitas.

27 Pero Alma salió y se puso en medio de ellos, y los exhortó a que no tuvieran miedo, sino que recordaran al Señor su Dios, y él los libraría.

28 Por tanto, calmaron sus temores y empezaron a clamar al Señor para que ablandara el corazón de los lamanitas, a fin de que les perdonaran la vida a ellos, a sus esposas y a sus hijos.

29 Y sucedió que el Señor ablandó el corazón de los lamanitas. Y Alma y sus hermanos salieron y se entregaron en sus manos; y los lamanitas tomaron posesión de la tierra de Helam.

30 Ahora bien, los ejércitos de los lamanitas, que habían perseguido al pueblo del rey Limhi, habían estado perdidos en el desierto durante muchos días.

31 Y habían encontrado a aquellos sacerdotes del rey Noé en un lugar al que llamaban Amulón; y estos habían comenzado a ocupar la tierra de Amulón y a cultivar el suelo.

32 Ahora bien, el nombre del jefe de aquellos sacerdotes era Amulón.

33 Y sucedió que Amulón suplicó a los lamanitas; y también envió a las esposas de ellos, que eran hijas de los lamanitas, para que suplicaran a sus hermanos que no destruyeran a sus maridos.

34 Y los lamanitas tuvieron compasión de Amulón y de sus hermanos, y no los destruyeron por causa de sus esposas.

35 Y Amulón y sus hermanos se unieron a los lamanitas, y viajaban por el desierto en busca de la tierra de Nefi cuando descubrieron la tierra de Helam, que estaba ocupada por Alma y sus hermanos.

36 Y sucedió que los lamanitas prometieron a Alma y a sus hermanos que, si les mostraban el camino que conducía a la tierra de Nefi, les concederían la vida y la libertad.

37 Pero después de que Alma les mostró el camino que conducía a la tierra de Nefi, los lamanitas no quisieron cumplir su promesa; en cambio, pusieron guardias alrededor de la tierra de Helam para vigilar a Alma y a sus hermanos.

38 Y los demás fueron a la tierra de Nefi; y una parte de ellos regresó a la tierra de Helam, y también trajeron consigo a las esposas y a los hijos de los guardias que habían quedado en aquella tierra.

39 Y el rey de los lamanitas había concedido a Amulón que fuera rey y gobernante sobre su pueblo, que estaba en la tierra de Helam; no obstante, no tendría poder para hacer nada contrario a la voluntad del rey de los lamanitas.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 24

✦

1 Y sucedió que Amulón se ganó el favor del rey de los lamanitas; por tanto, el rey de los lamanitas les concedió a él y a sus hermanos que fueran nombrados maestros de su pueblo, sí, del pueblo que estaba en la tierra de Semlón, en la tierra de Shilom y en la tierra de Amulón.

2 Porque los lamanitas habían tomado posesión de todas estas tierras; por tanto, el rey de los lamanitas había nombrado reyes sobre todas ellas.

3 Ahora bien, el nombre del rey de los lamanitas era Lamán, pues llevaba el nombre de su padre; y por eso lo llamaban rey Lamán. Y era rey de un pueblo numeroso.

4 Y nombró maestros de entre los hermanos de Amulón en todas las tierras que ocupaba su pueblo; y así empezó a enseñarse la lengua de Nefi entre todo el pueblo de los lamanitas.

5 Y eran un pueblo cuyos miembros se trataban amistosamente; sin embargo, no conocían a Dios; tampoco los hermanos de Amulón les enseñaban nada acerca del Señor su Dios, ni la ley de Moisés; ni les enseñaban las palabras de Abinadí;

6 Pero les enseñaban a llevar sus registros y a escribirse unos a otros.

7 Y así los lamanitas comenzaron a aumentar sus riquezas, y comenzaron a comerciar unos con otros y a hacerse poderosos, y empezaron a ser un pueblo astuto y sabio en cuanto a la sabiduría del mundo, sí, un pueblo muy

astuto, que se deleitaba en toda clase de maldad y saqueo, salvo entre sus propios hermanos.

8 Y sucedió que Amulón comenzó a ejercer autoridad sobre Alma y sus hermanos, y empezó a perseguirlo y a hacer que sus hijos persiguieran a los hijos de ellos.

9 Porque Amulón conocía a Alma y sabía que había sido uno de los sacerdotes del rey, y que era él quien había creído las palabras de Abinadí y había sido expulsado de la presencia del rey; por eso estaba enojado con él; pues, aunque estaba sujeto al rey Lamán, ejercía autoridad sobre ellos, les imponía trabajos y ponía capataces sobre ellos.

10 Y sucedió que sus aflicciones eran tan grandes que comenzaron a clamar con fuerza a Dios.

11 Y Amulón les ordenó que dejaran de clamar; y puso guardias sobre ellos para vigilarlos, a fin de que cualquiera que fuera hallado invocando a Dios fuera condenado a muerte.

12 Y Alma y su pueblo no alzaban la voz al Señor su Dios, sino que derramaban su corazón ante él; y él conocía los pensamientos de sus corazones.

13 Y sucedió que la voz del Señor llegó a ellos en medio de sus aflicciones, diciendo: Levanten la cabeza y tengan ánimo, porque conozco el convenio que han hecho conmigo; y haré un convenio con mi pueblo y lo libraré de la esclavitud.

14 Y también aliviaré las cargas que han sido puestas sobre sus hombros, de modo que ni siquiera las sientan sobre sus espaldas, aun mientras estén en la esclavitud; y haré esto para que de ahora en adelante sean mis testigos, y

para que sepan con certeza que yo, el Señor Dios, visito a mi pueblo en sus aflicciones.

15 Y sucedió que las cargas que habían sido impuestas a Alma y a sus hermanos se hicieron ligeras; sí, el Señor los fortaleció para que pudieran llevar sus cargas con facilidad, y se sometieron con alegría y paciencia a toda la voluntad del Señor.

16 Y sucedió que su fe y su paciencia eran tan grandes que la voz del Señor llegó de nuevo a ellos, diciendo: Tengan ánimo, porque mañana los libraré de la esclavitud.

17 Y dijo a Alma: Tú irás delante de este pueblo, y yo iré contigo y libraré a este pueblo de la esclavitud.

18 Y sucedió que Alma y su pueblo reunieron sus rebaños durante la noche, y también parte de su grano; sí, pasaron toda la noche reuniendo los rebaños.

19 Y por la mañana el Señor hizo que un sueño profundo cayera sobre los lamanitas; sí, y todos sus capataces estaban profundamente dormidos.

20 Y Alma y su pueblo partieron al desierto; y después de viajar todo el día, levantaron sus tiendas en un valle, al que llamaron valle de Alma, porque él los guiaba por el desierto.

21 Sí, y en el valle de Alma derramaron su gratitud ante Dios porque había sido misericordioso con ellos, había aliviado sus cargas y los había librado de la esclavitud; porque estaban en la esclavitud, y nadie podía librarlos excepto el Señor su Dios.

22 Y dieron gracias a Dios; sí, todos sus hombres, todas sus mujeres y todos sus niños que podían hablar alzaron la voz en alabanza a su Dios.

23 Y el Señor dijo a Alma: Apresúrate y sal de esta tierra con este pueblo, porque los lamanitas han despertado y te persiguen; por tanto, sal de esta tierra, y yo detendré a los lamanitas en este valle para que no sigan persiguiendo a este pueblo.

24 Y sucedió que salieron del valle y emprendieron su viaje por el desierto.

25 Y después de haber estado en el desierto doce días, llegaron a la tierra de Zarahemla; y el rey Mosíah también los recibió con alegría.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 25

✦

1 Y ahora el rey Mosíah hizo que todo el pueblo se reuniera.

2 Ahora bien, no había tantos hijos de Nefi, o tantos descendientes de Nefi, como había del pueblo de Zarahemla, quien era descendiente de Mulek, y de los que habían venido con él al desierto.

3 Y no había tantos del pueblo de Nefi y del pueblo de Zarahemla como había lamanitas; sí, no eran ni la mitad de numerosos.

4 Y ahora todo el pueblo de Nefi estaba reunido, y también todo el pueblo de Zarahemla, y se habían congregado en dos grupos.

5 Y sucedió que Mosíah leyó e hizo leer a su pueblo los registros de Zeniff; sí, leyó los registros del pueblo de Zeniff, desde el tiempo en que salieron de la tierra de Zarahemla hasta que regresaron.

6 Y también leyó el relato de Alma y sus hermanos, y de todas sus aflicciones, desde el tiempo en que salieron de la tierra de Zarahemla hasta el tiempo en que regresaron.

7 Y ahora, cuando Mosíah terminó de leer los registros, los de su pueblo que habían permanecido en la tierra quedaron maravillados y asombrados.

8 Porque no sabían qué pensar; pues cuando veían a los que habían sido liberados del cautiverio, se llenaban de una alegría inmensa.

9 Y también, cuando pensaban en sus hermanos que habían muerto a manos de los lamanitas, se llenaban de tristeza, e incluso derramaban muchas lágrimas de dolor.

10 Y también, cuando pensaban en la bondad inmediata de Dios y en su poder para liberar a Alma y a sus hermanos de las manos de los lamanitas y del cautiverio, alzaban sus voces y daban gracias a Dios.

11 Y también, cuando pensaban en los lamanitas, que eran sus hermanos, y en su estado pecaminoso e impuro, se llenaban de dolor y angustia por el bienestar de sus almas.

12 Y sucedió que los hijos de Amulón y de sus hermanos, quienes habían tomado por esposas a las hijas de los lamanitas, estaban descontentos con la conducta de sus padres y ya no querían llevar los nombres de sus padres; por tanto, tomaron sobre sí el nombre de Nefi, para ser llamados hijos de Nefi y ser contados entre los que eran llamados nefitas.

13 Y ahora todo el pueblo de Zarahemla fue contado entre los nefitas, y esto porque el reino no había sido conferido a nadie que no fuera descendiente de Nefi.

14 Y ahora sucedió que, cuando Mosíah terminó de hablar y de leer al pueblo, deseó que Alma también hablara al pueblo.

15 Y Alma les habló cuando estaban reunidos en grandes grupos, y fue de un grupo a otro, predicando al pueblo el arrepentimiento y la fe en el Señor.

16 Y exhortó al pueblo de Limhi y a sus hermanos, a todos los que habían sido liberados del cautiverio, a recordar que había sido el Señor quien los había liberado.

17 Y sucedió que, después de que Alma enseñó muchas cosas al pueblo y terminó de hablarles, el rey Limhi deseó ser bautizado; y todo su pueblo también deseó ser bautizado.

18 Por tanto, Alma entró en el agua y los bautizó; sí, los bautizó de la misma manera en que había bautizado a sus hermanos en las aguas de Mormón; sí, y todos los que bautizó pertenecieron a la iglesia de Dios; y esto por su fe en las palabras de Alma.

19 Y sucedió que el rey Mosíah le concedió a Alma establecer iglesias por toda la tierra de Zarahemla; y le dio poder para ordenar sacerdotes y maestros en cada iglesia.

20 Ahora bien, esto se hizo porque había tantas personas que no todas podían ser dirigidas por un solo maestro; ni podían todas oír la palabra de Dios en una sola asamblea;

21 Por tanto, se reunían en distintos grupos, llamados iglesias; cada iglesia tenía sus sacerdotes y sus maestros, y cada sacerdote predicaba la palabra tal como le había sido transmitida por boca de Alma.

22 Y así, aunque había muchas iglesias, todas eran una sola iglesia, sí, la iglesia de Dios; porque en todas las iglesias no se predicaba nada salvo el arrepentimiento y la fe en Dios.

23 Y ahora había siete iglesias en la tierra de Zarahemla. Y sucedió que todos los que deseaban tomar sobre sí el nombre de Cristo, o de Dios, se unían a las iglesias de Dios;

24 Y fueron llamados el pueblo de Dios. Y el Señor derramó su Espíritu sobre ellos, y fueron bendecidos y prosperaron en la tierra.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 26

✦

1 Ahora bien, sucedió que muchos de la nueva generación no podían comprender las palabras del rey Benjamín, pues eran niños pequeños cuando él habló a su pueblo; y no creían en la tradición de sus padres.

2 No creían lo que se había dicho acerca de la resurrección de los muertos, ni tampoco creían en la venida de Cristo.

3 Y ahora, a causa de su incredulidad, no podían comprender la palabra de Dios; y sus corazones estaban endurecidos.

4 Y no querían ser bautizados; tampoco querían unirse a la iglesia. Y eran un pueblo separado en cuanto a su fe, y así permanecieron desde entonces, en su estado carnal y pecaminoso; porque no querían invocar al Señor su Dios.

5 Y ahora, durante el reinado de Mosíah, no eran ni la mitad de numerosos que el pueblo de Dios; pero, a causa de las disensiones entre los hermanos, llegaron a ser más numerosos.

6 Porque sucedió que engañaron con sus palabras halagadoras a muchos que estaban en la iglesia, y los hicieron cometer muchos pecados; por tanto, se hizo necesario que la iglesia amonestara a los que estaban en ella y cometían pecado.

7 Y sucedió que fueron llevados ante los sacerdotes y entregados a ellos por los maestros; y los sacerdotes los llevaron ante Alma, que era el sumo sacerdote.

8 Ahora bien, el rey Mosíah había dado a Alma la autoridad sobre la iglesia.

9 Y sucedió que Alma no sabía qué hacer con ellos; pero había muchos testigos en su contra; sí, el pueblo se presentó y dio abundante testimonio de su iniquidad.

10 Ahora bien, nunca antes había sucedido algo así en la iglesia; por tanto, Alma se sintió turbado en su espíritu e hizo que fueran llevados ante el rey.

11 Y le dijo al rey: Mira, aquí hay muchos que hemos traído ante ti, a quienes sus hermanos acusan; sí, y han sido sorprendidos en diversas iniquidades. Y no se arrepienten de sus iniquidades; por tanto, los hemos traído ante ti para que los juzgues según sus delitos.

12 Pero el rey Mosíah le dijo a Alma: Mira, yo no los juzgo; por tanto, los entrego en tus manos para que sean juzgados.

13 Y ahora el espíritu de Alma volvió a turbarse; y fue a consultar al Señor sobre lo que debía hacer en este asunto, porque temía actuar mal a los ojos de Dios.

14 Y sucedió que, después de haber derramado toda su alma ante Dios, la voz del Señor llegó a él, diciendo:

15 Bendito eres, Alma, y benditos son los que fueron bautizados en las aguas de Mormón. Eres bendito por tu inmensa fe tan solo en las palabras de mi siervo Abinadí.

16 Y ellos son benditos por su inmensa fe tan solo en las palabras que les has hablado.

17 Y bendito eres porque has establecido una iglesia entre este pueblo; y ellos serán establecidos y serán mi pueblo.

18 Sí, bendito es este pueblo que está dispuesto a llevar mi nombre; porque por mi nombre serán llamados; y son míos.

19 Y porque me has consultado acerca del transgresor, eres bendito.

20 Tú eres mi siervo; y hago un convenio contigo de que tendrás vida eterna; y me servirás y saldrás en mi nombre, y reunirás a mis ovejas.

21 Y el que escuche mi voz será mi oveja; y a él lo recibirán en la iglesia, y yo también lo recibiré.

22 Porque esta es mi iglesia; todo el que sea bautizado será bautizado para arrepentimiento. Y todo aquel a quien reciban deberá creer en mi nombre; y yo lo perdonaré de buena voluntad.

23 Porque soy yo quien toma sobre sí los pecados del mundo; porque soy yo quien los ha creado; y soy yo quien concede al que cree hasta el fin un lugar a mi derecha.

24 Porque por mi nombre son llamados; y si me conocen, saldrán y tendrán un lugar eternamente a mi derecha.

25 Y sucederá que, cuando suene la segunda trompeta, los que nunca me conocieron saldrán y se presentarán ante mí.

26 Y entonces sabrán que yo soy el Señor su Dios, que soy su Redentor; pero no quisieron ser redimidos.

27 Y entonces les declararé que nunca los conocí; y se irán al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles.

28 Por tanto, les digo que al que no escuche mi voz no lo recibirán en mi iglesia, porque yo no lo recibiré en el último día.

29 Por tanto, les digo: Vayan; y a todo el que transgreda contra mí lo juzgarán según los pecados que haya cometido; y si confiesa sus pecados ante ti y ante mí, y se arrepiente con sinceridad de corazón, lo perdonarán, y yo también lo perdonaré.

30 Sí, y cuantas veces se arrepienta mi pueblo, les perdonaré sus ofensas contra mí.

31 Y también se perdonarán unos a otros sus ofensas; porque en verdad les digo que quien no perdona las ofensas de su prójimo cuando este dice que se arrepiente, se ha puesto a sí mismo bajo condenación.

32 Ahora les digo: Vayan; y todo el que no se arrepienta de sus pecados no será contado entre mi pueblo; y esto se observará de ahora en adelante.

33 Y sucedió que, cuando Alma oyó estas palabras, las escribió para conservarlas y para poder juzgar al pueblo de aquella iglesia según los mandamientos de Dios.

34 Y sucedió que Alma fue y juzgó a los que habían sido sorprendidos en la iniquidad, según la palabra del Señor.

35 Y a todos los que se arrepintieron de sus pecados y los confesaron, los contó entre el pueblo de la iglesia;

36 Y los que no quisieron confesar sus pecados ni arrepentirse de su iniquidad no fueron contados entre el pueblo de la iglesia, y sus nombres fueron borrados.

37 Y sucedió que Alma puso en orden todos los asuntos de la iglesia; y comenzaron de nuevo a tener paz y a prosperar en gran manera en los asuntos de la iglesia, andando con prudencia ante Dios, recibiendo a muchos y bautizando a muchos.

38 Y ahora todas estas cosas hicieron Alma y sus compañeros de trabajo que estaban al frente de la iglesia, procediendo con toda diligencia, enseñando la palabra de Dios en todas las cosas, sufriendo toda clase de aflicciones y siendo perseguidos por todos los que no pertenecían a la iglesia de Dios.

39 Y amonestaban a sus hermanos; y también ellos eran amonestados, cada uno por la palabra de Dios, según sus pecados, o los pecados que había cometido, habiéndoles mandado Dios que oraran sin cesar y que dieran gracias en todas las cosas.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 27

✦

1 Y sucedió que las persecuciones que los incrédulos infligían a la iglesia llegaron a ser tan grandes que la iglesia comenzó a murmurar y a quejarse ante sus líderes acerca del asunto; y se quejaron ante Alma. Y Alma presentó el caso ante su rey, Mosíah. Y Mosíah consultó con sus sacerdotes.

2 Y sucedió que el rey Mosíah envió una proclamación por toda la tierra circundante, para que ningún incrédulo persiguiera a ninguno de los que pertenecían a la iglesia de Dios.

3 Y hubo un mandato estricto en todas las iglesias de que no hubiera persecuciones entre ellos, y de que hubiera igualdad entre todos los hombres;

4 Que no permitieran que el orgullo ni la arrogancia perturbaran su paz; que cada hombre estimara a su prójimo como a sí mismo, trabajando con sus propias manos para su sustento.

5 Sí, y todos sus sacerdotes y maestros debían trabajar con sus propias manos para su sustento, en todos los casos, salvo en enfermedad o gran necesidad; y al hacer estas cosas, abundaban en la gracia de Dios.

6 Y empezó a haber mucha paz de nuevo en la tierra; y el pueblo comenzó a ser muy numeroso, y a dispersarse por la faz de la tierra, sí, por el norte y por el sur, por el este y por el oeste, construyendo grandes ciudades y aldeas en todas las regiones de la tierra.

7 Y el Señor los visitó y los hizo prosperar, y llegaron a ser un pueblo numeroso y rico.

8 Ahora bien, los hijos de Mosíah se contaban entre los incrédulos; y también uno de los hijos de Alma se contaba entre ellos, y se llamaba Alma, como su padre; no obstante, llegó a ser un hombre muy malvado e idólatra. Y era un hombre de muchas palabras, y hablaba al pueblo con mucha adulación; por lo tanto, llevó a muchos del pueblo a seguir el ejemplo de sus iniquidades.

9 Y llegó a ser un gran obstáculo para la prosperidad de la iglesia de Dios; se ganaba los corazones del pueblo, causaba mucha disensión entre el pueblo y daba al enemigo de Dios la oportunidad de ejercer su poder sobre ellos.

10 Y sucedió que, mientras andaba tratando de destruir la iglesia de Dios, pues andaba en secreto con los hijos de Mosíah procurando destruir la iglesia y desviar al pueblo del Señor, en contra de los mandamientos de Dios, e incluso de los del rey—

11 Y como les dije, mientras andaban rebelándose contra Dios, he aquí que el ángel del Señor se les apareció; y descendió como en una nube; y habló como con voz de trueno, lo que hizo temblar la tierra sobre la que estaban;

12 Y tan grande fue su asombro que cayeron a tierra y no entendieron las palabras que les habló.

13 Sin embargo, volvió a clamar, diciendo: Alma, levántate y da un paso al frente, pues ¿por qué persigues a la iglesia de Dios? Porque el Señor ha dicho: Esta es mi iglesia, y yo la estableceré; y nada la derribará, salvo la transgresión de mi pueblo.

14 Y de nuevo, el ángel dijo: He aquí, el Señor ha oído las oraciones de su pueblo, y también las oraciones de su siervo Alma, que es tu padre; porque ha orado con mucha fe por ti, para que puedas llegar al conocimiento de la verdad; por lo tanto, con este propósito he venido a convencerte del poder y la autoridad de Dios, para que las oraciones de sus siervos sean contestadas según su fe.

15 Y ahora, he aquí, ¿pueden negar el poder de Dios? Porque he aquí, ¿no hace temblar la tierra mi voz? ¿Y no pueden también verme ante ustedes? Y he sido enviado por Dios.

16 Ahora te digo: Ve, y recuerda el cautiverio de tus padres en la tierra de Helam y en la tierra de Nefi; y recuerda cuán grandes cosas ha hecho él por ellos; porque estaban en servidumbre, y él los ha librado. Y ahora te digo, Alma, sigue tu camino y no procures más destruir la iglesia, para que sus oraciones sean contestadas, aun si tú mismo eliges ser desechado.

17 Y sucedió que estas fueron las últimas palabras que el ángel habló a Alma, y se fue.

18 Y entonces Alma y los que estaban con él cayeron de nuevo a tierra, porque grande era su asombro; pues con sus propios ojos habían visto a un ángel del Señor; y su voz era como un trueno que sacudía la tierra; y sabían que nada sino el poder de Dios podía sacudir la tierra y hacerla temblar como si fuera a partirse.

19 Y el asombro de Alma fue tan grande que quedó mudo, de modo que no podía abrir la boca; sí, y quedó tan débil que no podía mover las manos; por lo tanto, los que estaban con él lo tomaron y lo llevaron, sin que pudiera valerse por sí mismo, hasta dejarlo ante su padre.

20 Y relataron a su padre todo lo que les había sucedido; y su padre se regocijó, porque sabía que era el poder de Dios.

21 Y mandó reunir a una multitud para que fueran testigos de lo que el Señor había hecho por su hijo y también por los que estaban con él.

22 Y mandó que se reunieran los sacerdotes; y comenzaron a ayunar y a orar al Señor su Dios para que abriera la boca de Alma, a fin de que pudiera hablar, y también para que sus miembros recobraran la fuerza, para que los ojos del pueblo se abrieran y pudieran ver y conocer la bondad y la gloria de Dios.

23 Y sucedió que, después de haber ayunado y orado durante dos días y dos noches, los miembros de Alma recobraron la fuerza, y él se levantó y comenzó a hablarles, diciéndoles que cobraran ánimo:

24 Porque, dijo él, me he arrepentido de mis pecados y he sido redimido por el Señor; he aquí, he nacido del Espíritu.

25 Y el Señor me dijo: No te maravilles de que toda la humanidad, sí, hombres y mujeres, todas las naciones, familias, lenguas y pueblos, deban nacer de nuevo; sí, nacer de Dios, ser cambiados de su estado carnal y caído a un estado de rectitud, ser redimidos por Dios y llegar a ser sus hijos e hijas;

26 Y así llegan a ser nuevas criaturas; y a menos que hagan esto, de ninguna manera pueden heredar el reino de Dios.

27 Les digo que, a menos que esto suceda, deberán ser desechados; y esto lo sé, porque estuve a punto de ser desechado.

28 Sin embargo, después de pasar por muchas tribulaciones y de arrepentirme hasta estar cerca de la muerte, el Señor, en su misericordia, ha tenido a bien arrebatarme de un fuego eterno, y he nacido de Dios.

29 Mi alma ha sido redimida de la hiel de amargura y de las ataduras de la iniquidad. Estaba en el abismo más oscuro; pero ahora contemplo la maravillosa luz de Dios. Mi alma estaba desgarrada por un tormento eterno; pero he sido rescatado, y mi alma ya no sufre.

30 Rechacé a mi Redentor y negué lo que habían dicho nuestros padres; pero ahora, para que puedan saber de antemano que él vendrá y que recuerda a cada criatura que ha creado, se manifestará a todos.

31 Sí, toda rodilla se doblará y toda lengua confesará ante él. Sí, aun en el último día, cuando todos los hombres comparezcan para ser juzgados por él, entonces confesarán que él es Dios; entonces, los que viven sin Dios en el mundo confesarán que es justo que recaiga sobre ellos la sentencia de un castigo eterno; y se estremecerán, temblarán y se encogerán bajo la mirada de su ojo que todo lo escudriña.

32 Y sucedió que, desde entonces, Alma y los que estaban con él cuando se les apareció el ángel empezaron a enseñar al pueblo, viajando por toda la tierra, dando a conocer a todo el pueblo las cosas que habían oído y visto, y predicando la palabra de Dios en medio de mucha tribulación, siendo duramente perseguidos por los incrédulos y golpeados por muchos de ellos.

33 Pero, a pesar de todo esto, brindaron mucho consuelo a la iglesia, confirmando su fe y exhortándolos con paciencia y mucho esfuerzo a guardar los mandamientos de Dios.

34 Y cuatro de ellos eran los hijos de Mosíah; y sus nombres eran Ammón, Aarón, Omner e Himni; estos eran los nombres de los hijos de Mosíah.

35 Y viajaron por todas las tierras de Zarahemla y entre todo el pueblo que estaba bajo el reinado del rey Mosíah, esforzándose con celo por reparar todos los daños que habían causado a la iglesia, confesando todos sus pecados, dando a conocer todas las cosas que habían visto y explicando las profecías y las Escrituras a todos los que deseaban escucharlos.

36 Y así fueron instrumentos en las manos de Dios para llevar a muchos al conocimiento de la verdad, sí, al conocimiento de su Redentor.

37 ¡Y cuán bendecidos son! Porque proclamaron la paz; anunciaron buenas noticias de cosas buenas; y declararon al pueblo que el Señor reina.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 28

✦

1 Y sucedió que, después de que los hijos de Mosíah hubieron hecho todas estas cosas, llevaron consigo a un pequeño número de personas y regresaron a su padre, el rey, y le pidieron que les permitiera, junto con aquellos que habían escogido, subir a la tierra de Nefi para predicar las cosas que habían oído y comunicar la palabra de Dios a sus hermanos, los lamanitas—

2 Para que tal vez pudieran llevarlos al conocimiento del Señor su Dios y convencerlos de la iniquidad de sus padres; y para que tal vez pudieran curarlos de su odio hacia los nefitas, a fin de que también llegaran a regocijarse en el Señor su Dios, se hicieran amigos unos de otros y no hubiera más contiendas en toda la tierra que el Señor su Dios les había dado.

3 Ahora bien, deseaban que se anunciara la salvación a toda criatura, pues no podían soportar que pereciera ninguna alma humana; sí, aun el solo pensamiento de que alguna alma tuviera que sufrir un tormento sin fin los hacía estremecerse y temblar.

4 Y así obraba en ellos el Espíritu del Señor, pues habían sido los más viles pecadores. Y el Señor, en su infinita misericordia, consideró oportuno perdonarlos; sin embargo, sufrieron mucha angustia de alma por sus iniquidades, padeciendo mucho y temiendo ser rechazados para siempre.

5 Y sucedió que suplicaron a su padre durante muchos días que les permitiera subir a la tierra de Nefi.

6 Y el rey Mosíah fue y consultó al Señor si debía dejar que sus hijos fueran entre los lamanitas a predicar la palabra.

7 Y el Señor dijo a Mosíah: Déjalos subir, pues muchos creerán en sus palabras y tendrán vida eterna; y libraré a tus hijos de las manos de los lamanitas.

8 Y sucedió que Mosíah les permitió ir y hacer lo que habían solicitado.

9 Y emprendieron su viaje por el desierto para subir a predicar la palabra entre los lamanitas; y más adelante daré cuenta de sus actividades.

10 Ahora bien, el rey Mosíah no tenía a nadie a quien entregar el reino, pues ninguno de sus hijos quería aceptarlo.

11 Por tanto, tomó los registros que estaban grabados en las planchas de bronce, y también las planchas de Nefi y todas las cosas que había guardado y conservado según los mandamientos de Dios, después de haber traducido y mandado escribir los registros que estaban en las planchas de oro que el pueblo de Limhi había encontrado y que le habían sido entregadas por mano de Limhi;

12 Y esto lo hizo por la gran inquietud de su pueblo, pues deseaban sobremanera saber acerca de aquel pueblo que había sido destruido.

13 Y los tradujo por medio de aquellas dos piedras que estaban sujetas en los dos aros de un arco.

14 Estas cosas habían sido preparadas desde el principio y se habían transmitido de generación en generación con el propósito de interpretar lenguas;

15 Y han sido guardadas y conservadas por la mano del Señor, para que él revelara a toda criatura que poseyera la tierra las iniquidades y abominaciones de su pueblo;

16 Y a quien posee estas cosas se le llama vidente, como en los tiempos antiguos.

17 Ahora bien, después de que Mosíah terminó de traducir estos registros, he aquí que contenían un relato del pueblo que había sido destruido, desde el tiempo de su destrucción, remontándose hasta la construcción de la gran torre, cuando el Señor confundió la lengua del pueblo y fueron dispersados por toda la faz de la tierra; sí, y aun desde aquel tiempo hasta la creación de Adán.

18 Este relato hizo que el pueblo de Mosíah se lamentara profundamente; sí, se llenaron de tristeza; sin embargo, les dio mucho conocimiento, en el cual se regocijaron.

19 Y este relato se escribirá más adelante; pues he aquí, conviene que todos los pueblos conozcan las cosas que están escritas en él.

20 Y ahora, como les dije, después de que el rey Mosíah hubo hecho estas cosas, tomó las planchas de bronce y todas las cosas que había guardado, y se las entregó a Alma, que era hijo de Alma; sí, le entregó todos los registros y también los intérpretes, y le mandó que los guardara y conservara, y que también llevara un registro del pueblo, transmitiéndolos de una generación a otra, tal como se habían transmitido desde el tiempo en que Lehi salió de Jerusalén.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 29

✦

1 Ahora bien, cuando Mosíah hubo hecho esto, envió un mensaje por toda la tierra, entre todo el pueblo, deseando conocer su voluntad acerca de quién debía ser su rey.

2 Y sucedió que llegó la voz del pueblo, diciendo: Deseamos que Aarón, tu hijo, sea nuestro rey y nuestro gobernante.

3 Ahora bien, Aarón había subido a la tierra de Nefi, por lo que el rey no podía conferirle el reino; tampoco quería Aarón hacerse cargo del reino; ni ninguno de los hijos de Mosíah estaba dispuesto a hacerse cargo del reino.

4 Por tanto, el rey Mosíah envió de nuevo un mensaje al pueblo; sí, les envió un mensaje escrito. Y estas fueron las palabras que se escribieron:

5 Escuchen, pueblo mío, o hermanos míos, pues como tales los considero: deseo que examinen el asunto que se les ha llamado a considerar, pues desean tener un rey.

6 Ahora les declaro que aquel a quien legítimamente pertenece el reino ha renunciado a él y no se hará cargo del reino.

7 Y ahora, si se nombrara a otro en su lugar, temo que surgieran disputas entre ustedes. Y quién sabe si mi hijo, a quien pertenece el reino, llegara a enojarse y arrastrara tras de sí a una parte de este pueblo, lo que causaría guerras y disputas entre ustedes, provocaría mucho derramamiento de sangre y pervertiría el camino del Señor; sí, y destruiría las almas de muchas personas.

8 Ahora les digo: seamos sabios y consideremos estas cosas, pues no tenemos derecho a destruir a mi hijo, ni tampoco tendríamos derecho a destruir a otro si fuera nombrado en su lugar.

9 Y si mi hijo volviera a su orgullo y a las cosas vanas, se retractaría de lo que había dicho y reclamaría su derecho al reino, lo que haría que tanto él como este pueblo cometieran muchos pecados.

10 Y ahora seamos sabios, preveamos estas cosas y hagamos lo que contribuya a la paz de este pueblo.

11 Por tanto, seré su rey el resto de mis días; sin embargo, nombremos jueces para juzgar a este pueblo conforme a nuestra ley; y organizaremos de nuevo los asuntos de este pueblo, pues nombraremos a hombres sabios como jueces, que juzgarán a este pueblo conforme a los mandamientos de Dios.

12 Ahora bien, es mejor que una persona sea juzgada por Dios que por el hombre, pues los juicios de Dios siempre son justos, pero los juicios del hombre no siempre son justos.

13 Por tanto, si fuera posible que tuvieran por reyes a hombres justos que establecieran las leyes de Dios y juzgaran a este pueblo conforme a sus mandamientos; sí, si pudieran tener por reyes a hombres que hicieran lo mismo que mi padre Benjamín hizo por este pueblo, les digo que, si esto pudiera ser siempre así, sería conveniente que siempre tuvieran reyes que los gobernaran.

14 Y aun yo mismo he trabajado con todas las fuerzas y facultades que he tenido para enseñarles los mandamientos de Dios y establecer la paz por toda la tierra, para que no hubiera guerras ni disputas, ni robos, ni saqueos,

ni asesinatos, ni ninguna clase de iniquidad;

15 Y a todo aquel que ha cometido iniquidad lo he castigado conforme al delito que ha cometido, de acuerdo con la ley que nos han dado nuestros padres.

16 Ahora les digo que, como no todos los hombres son justos, no es conveniente que tengan un rey o reyes que los gobiernen.

17 Pues miren cuánta iniquidad hace cometer un solo rey malvado; sí, ¡y qué gran destrucción causa!

18 Sí, recuerden al rey Noé, su maldad y sus abominaciones, y también la maldad y las abominaciones de su pueblo. Miren qué gran destrucción les sobrevino; y también, por sus iniquidades, fueron sometidos a servidumbre.

19 Y de no haber sido por la intervención de su sapientísimo Creador, gracias a su sincero arrepentimiento, inevitablemente habrían permanecido en servidumbre hasta ahora.

20 Pero él los libró porque se humillaron ante él; y porque clamaron a él con todas sus fuerzas, los libró de la servidumbre; y así obra el Señor con su poder en todos los casos entre los hijos de los hombres, extendiendo el brazo de la misericordia hacia quienes ponen su confianza en él.

21 Y ahora les digo que no pueden destronar a un rey inicuo sino mediante muchas disputas y mucho derramamiento de sangre.

22 Pues él tiene a sus amigos en la iniquidad y mantiene a sus guardias a su alrededor; y destruye las leyes de quienes han reinado con rectitud antes que él, y pisotea los mandamientos de Dios;

23 Y promulga leyes y las difunde entre su pueblo; sí, leyes conforme a su propia maldad; y hace destruir a todo aquel que no obedece sus leyes; y contra todo aquel que se rebela contra él envía sus ejércitos a la guerra, y si puede, lo destruye; y así un rey injusto pervierte los caminos de toda rectitud.

24 Y ahora les digo que no es conveniente que tales abominaciones recaigan sobre ustedes.

25 Por tanto, elijan jueces mediante la voz de este pueblo, para que sean juzgados conforme a las leyes que les han dado nuestros padres, las cuales son correctas y les fueron dadas por la mano del Señor.

26 Ahora bien, no es común que la voz del pueblo desee algo contrario a lo que es justo; pero es común que la minoría del pueblo desee lo que no es justo; por tanto, observen esto y háganlo su ley: resolver sus asuntos mediante la voz del pueblo.

27 Y si llega el momento en que la voz del pueblo elija la iniquidad, entonces será el momento en que los juicios de Dios recaerán sobre ustedes; sí, entonces será el momento en que él los castigará con gran destrucción, tal como hasta ahora ha castigado esta tierra.

28 Y ahora, si tienen jueces y estos no los juzgan conforme a la ley que se ha dado, pueden hacer que sean juzgados por un juez superior.

29 Si sus jueces superiores no emiten juicios justos, harán que se reúna un pequeño número de sus jueces inferiores, y estos juzgarán a sus jueces superiores conforme a la voz del pueblo.

30 Y les mando que hagan estas cosas con temor del Señor; y les mando que hagan estas cosas y que no tengan rey, para que, si este pueblo comete pecados e iniquidades, las consecuencias recaigan sobre sus propias cabezas.

31 Pues les digo que los pecados de muchos pueblos han sido causados por las iniquidades de sus reyes; por tanto, la responsabilidad por sus iniquidades recae sobre las cabezas de sus reyes.

32 Y ahora deseo que esta desigualdad deje de existir en esta tierra, especialmente entre este pueblo mío; en cambio, deseo que esta tierra sea una tierra de libertad y que cada hombre pueda disfrutar por igual de sus derechos y privilegios, mientras el Señor considere oportuno que vivamos y heredemos la tierra; sí, mientras alguno de nuestros descendientes permanezca sobre la faz de la tierra.

33 Y el rey Mosíah les escribió muchas cosas más, exponiéndoles todas las pruebas y dificultades de un rey justo; sí, todas las angustias de su alma por su pueblo, y también todas las murmuraciones del pueblo contra su rey; y se lo explicó todo.

34 Y les dijo que estas cosas no debían ser así, sino que la carga debía recaer sobre todo el pueblo, para que cada hombre pudiera llevar su parte.

35 Y también les expuso todas las desventajas que sufrían por tener un rey injusto que los gobernara;

36 Sí, todas sus iniquidades y abominaciones, y todas las guerras, disputas y derramamientos de sangre, y los robos, los saqueos, los actos de inmoralidad sexual y toda clase de iniquidades que no se pueden enumerar; y les dijo que estas cosas no debían ocurrir, que eran expresamente contrarias a los mandamientos de Dios.

37 Y sucedió que, después de que el rey Mosíah difundiera estas cosas entre el pueblo, quedaron convencidos de la verdad de sus palabras.

38 Por tanto, renunciaron a sus deseos de tener un rey y llegaron a desear con gran anhelo que cada hombre tuviera las mismas oportunidades por toda la tierra; sí, y cada hombre expresó su disposición a responder por sus propios pecados.

39 Por tanto, sucedió que se reunieron en grupos por toda la tierra para emitir sus votos acerca de quiénes debían ser sus jueces, para juzgarlos conforme a la ley que se les había dado; y se alegraron enormemente por la libertad que se les había concedido.

40 Y su amor por Mosíah se hizo más fuerte; sí, lo estimaban más que a cualquier otro hombre, pues no lo veían como un tirano que buscaba ganancias; sí, ese lucro que corrompe el alma; porque no les había exigido riquezas ni se había deleitado en el derramamiento de sangre, sino que había establecido la paz en la tierra y había concedido a su pueblo que fuera librado de toda clase de servidumbre; por tanto, lo estimaban muchísimo, más allá de toda medida.

41 Y sucedió que nombraron jueces para gobernarlos, o para juzgarlos conforme a la ley; e hicieron esto por toda la tierra.

42 Y sucedió que Alma fue nombrado el primer juez principal, y era también el sumo sacerdote, pues su padre le había conferido el cargo y le había encomendado todos los asuntos de la iglesia.

43 Y sucedió que Alma anduvo por los caminos del Señor, guardó sus mandamientos y emitió juicios justos; y hubo paz continua por toda la tierra.

44 Y así comenzó el gobierno de los jueces por toda la tierra de Zarahemla, entre todo el pueblo que era llamado los nefitas; y Alma fue el primer juez y el juez principal.

45 Y sucedió que su padre murió a los ochenta y dos años, habiendo vivido para cumplir los mandamientos de Dios.

46 Y sucedió que Mosíah también murió, en el año treinta y tres de su reinado, a los sesenta y tres años de edad; lo que sumaba, en total, quinientos nueve años desde el momento en que Lehi salió de Jerusalén.

47 Y así terminó el reinado de los reyes sobre el pueblo de Nefi; y así terminaron los días de Alma, quien fue el fundador de su iglesia.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0